





# ¡Atención!

# ¡Recuento!

Presidio Exilio Desembarco





# Juan Almeida Bosque



**¡Atención!**  
**¡Recuento!**  
**Presidio Exilio Desembarco**



Ediciones VERDE OLIVO, Ciudad de la Habana, 2002

Esta cuarta edición, corregida y ampliada por el autor, ha sido tomada de la tercera publicada por Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1997.

Edición: Temis Tasende Dubois

Corrección: Virginia Martínez

Diseño de cubierta e interior: Lamas

Realización de cubierta: Leonid Prado

Composición computarizada: Enrique Zafra Armengol

Idis Manals Casañas

Foto de cubierta: Raúl Abreu

© Juan Almeida Bosque, 1997

© Sobre la presente edición:  
Ediciones Verde Olivo, 2002

ISBN 959-224-133-3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Ediciones Verde Olivo

Avenida Independencia y San Pedro

Apartado 6916. CP 10693

Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana

*PRESIDIO*





Hay opresión  
en la patria, pero habrá  
algún día otra vez libertad.

FIDEL CASTRO  
*10 de marzo de 1952*

-¡Atención! ¡Recuento!

Abren y chirrían las puertas de hierro del interior de la galera, las de cada celda; salimos al pasillo, nos alineamos frente a un oficial acompañado de un soldado y un recluso. Así ha sido invariablemente todos los días a las seis de la mañana y de la tarde, y también otras veces para una requisa por sospecha o por precaución. En esta ocasión nos notifican que después del recuento nos trasladarán y nos ordenan que recojamos nuestras pertenencias. Un preso trae un lápiz en una mano, una tablilla en la otra y sobre ella una planilla sujeta con una presilla de presión donde va anotando según nos cuentan: "uno, dos, tres, cuatro...". Así va contando hasta veintiséis, pues el resto de los que estaban junto a nosotros en la galera ya fueron puestos en libertad. Los había de diferentes partidos políticos: comunistas, ortodoxos, auténticos; un ex jefe de la policía en Santiago de Cuba, estudiantes, un comerciante con la mujer y su chofer. Ahora, solo nosotros. Todo está más tranquilo y las celdas de los ya mencionados vacías, pues al declararnos nosotros culpables los pusieron en libertad.

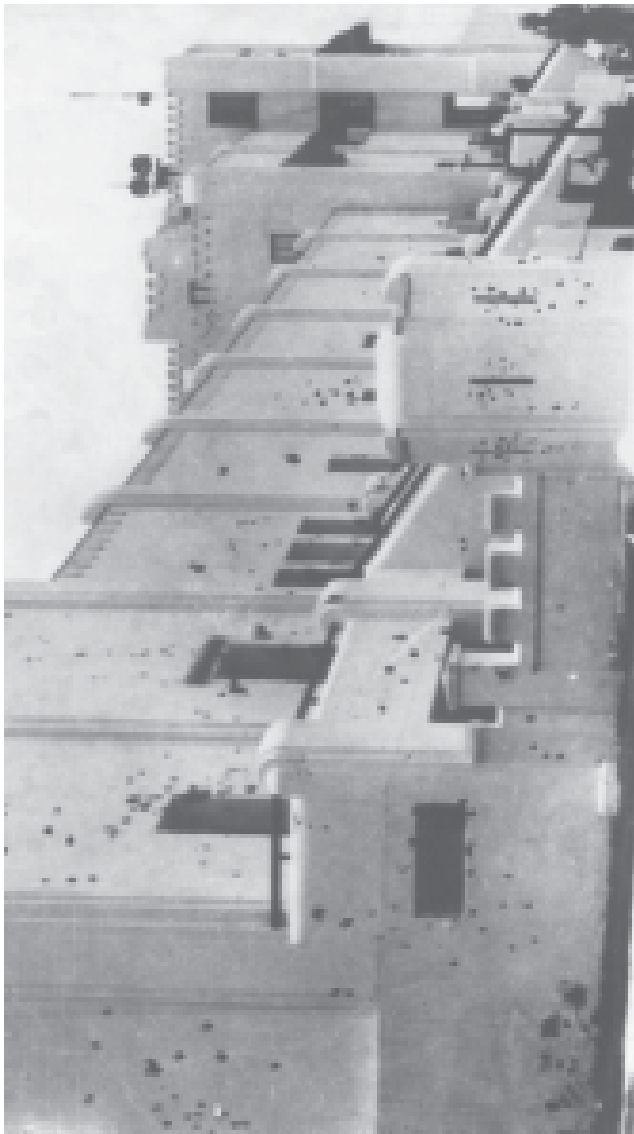
Una hora después, con la fuerte custodia de soldados con armas largas, en fila, casi marchando

sin llevar el ritmo, esposados de dos en dos por las muñecas, uno de la derecha y el otro de la izquierda, los condenados de la Causa No. 37 por el ataque a los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y Céspedes en Bayamo, nos dirigimos a tomar los ómnibus que esperan para llevarnos al aeropuerto. Es el 13 de octubre de 1953.

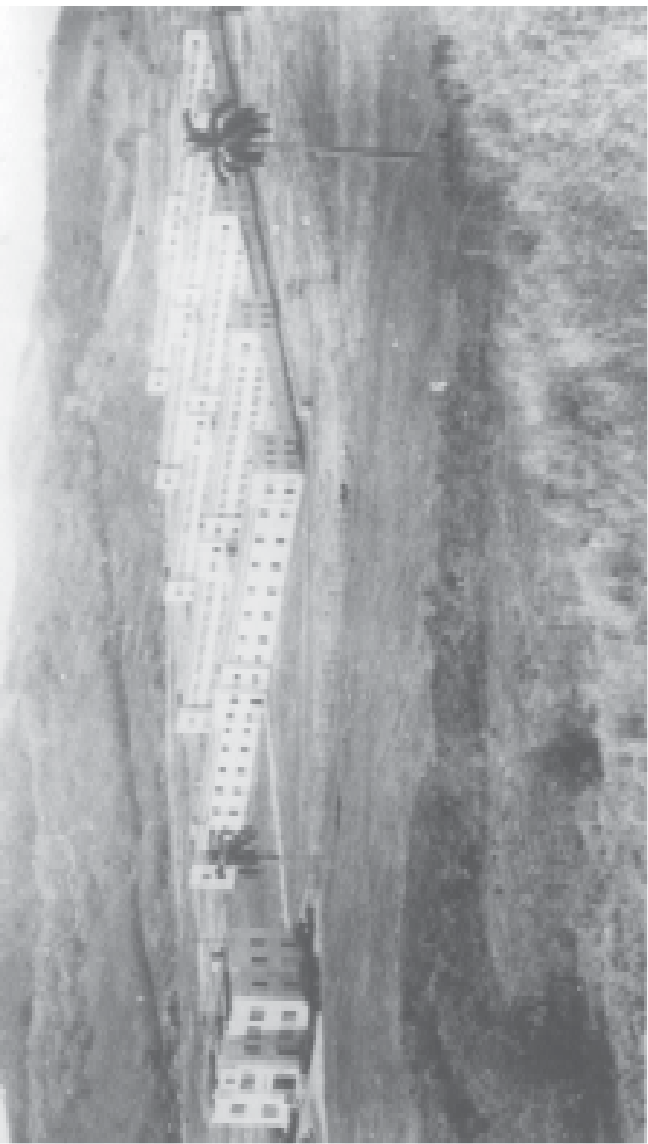
Salimos al aire de la mañana, que nos da suave en el rostro como para avivar el semblante, aún fresco el recuerdo de todo lo vivido en estos dos meses y medio largos, interminables, del Moncada y del juicio. Aún siento como si escuchara el golpe del magistrado sobre la mesa al dictar sentencia: pam, pam, pam, trece años, diez años, tres años de prisión en la fortaleza militar de La Cabaña en La Habana, y siete meses a las dos muchachas<sup>1</sup> en el Reclusorio Nacional para Mujeres de Guanajay, en Pinar del Río; después la condena a Fidel: quince años.

Transitamos por una carretera estrecha. Atrás quedan la cárcel de Boniato, los barrios La República, Cuabitas, Santa María. En estos días ha estado lloviendo y toda la vegetación está verde. Esta zona parece muy fértil y se ven muchos árboles frutales. Hay bonitos chalés, verdaderas obras de carpintería. No son como los tradicionales en La Habana y otros lugares de la región occidental, sino más complejos en su construcción y en la elaboración de la madera por la cantidad de labrado que llevan. Ninguno se parece a otro, todos se notan amplios y frescos, con muchos ventanales, caballetes altos, techos de dos aguas y amplios corredores. Son interesantes. Hay que ver de dónde tomarían estos modelos.

El preso vive de los recuerdos de las personas y las cosas. Por eso en cada salida se impregna con



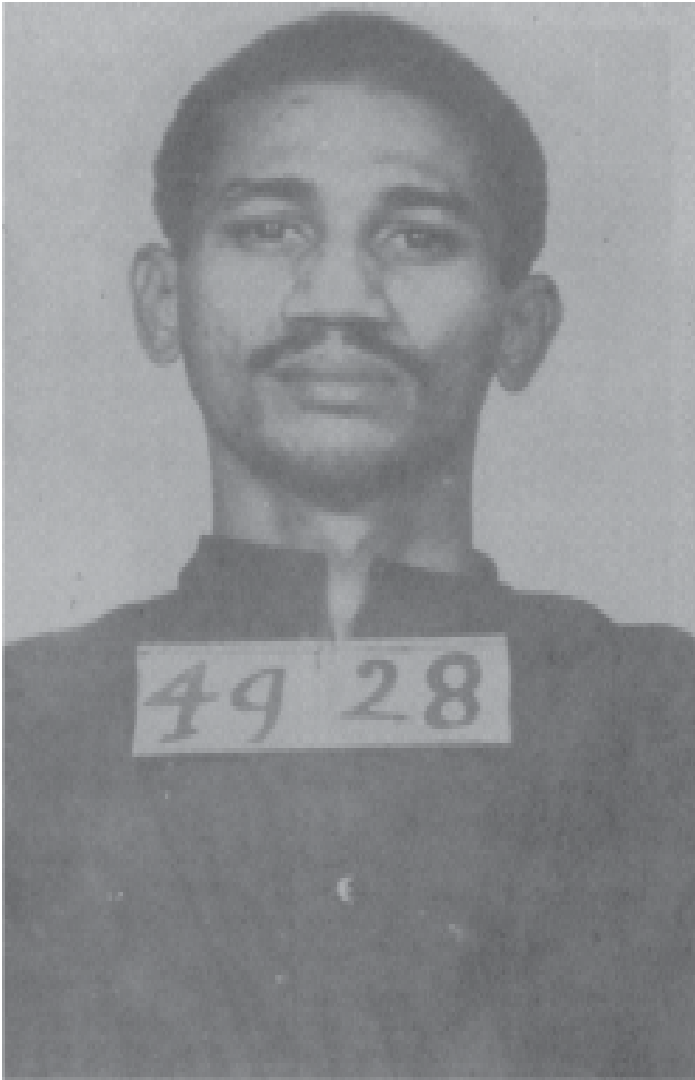
Cuartel "Guillermo Moncada"



Cárcel de boniato, Santiago de Cuba



Fichamiento de Fidel Castro Ruz en la cárcel de Boniato



Fichamiento de Juan Almeida Bosque en la cárcel de Boniato

avidez de todo lo que ve y oye, para después ir repasando imágenes y sonidos. En cada cruce de la carretera con la línea del ferrocarril, me atrae su ruido, olvidando momentáneamente lo que está sucediendo a mi alrededor. Desde que salimos hemos cruzado esta línea del ferrocarril cuatro veces hasta ahora, pues a ratos vamos paralelo a ella, siempre la misma línea del tren central.

Es una lástima, pienso, no ir ahora en tren hasta La Habana, pues así veríamos parte del campo del país, cañaverales, la torre de la chimenea de un ingenio, pudiendo oír el pitazo a la hora del cambio de turno; palmares, cicales, naranjales, framboyanes salpicando con sus colores el paisaje; almacigos, sauces, pinos, frondosas ceibas, guásimas, atejes; lodazales, sabanas, potreros, grandes extensiones de marabuzales; cerca o más allá, las sombras grises de las montañas, llanos, ríos, puentes, andenes, estaciones y los poblados, casi siempre por los suburbios o barrios.

Además, el viaje sería más largo y más larga la vista de la miseria, los campos desolados, la gente desocupada reflejando hambre en el rostro; vendedores de todo pregonando su mercancía, que bajan y suben al tren cada vez que llega al andén de los paraderos y terminales: raspaduras, torticas, crocantes de maní, dulce de leche, guayaba y coco, pulpa de tamarindo, tamales con picante y sin picante, billetes, boletos, la prensa nacional y local. En estos lugares se observarían personas que no saben adónde ir ni qué esperan, y se sientan allí todas las tardes o por la mañana, según pueden, a contemplar el paso del tren, del bus o gascar, tal vez su única distracción. Las muchachas, vestidas

como para ir a una fiesta, sueñan tomarlo para ir al pueblo grande o a la capital. El hombre viene a ver al hombre, su espectáculo. Concorre a la estación para atisbar el arribo y la salida del tren, los que llegan, los que se van, los que continúan, cómo son los de otras poblaciones más grandes o más pequeñas. Se recrea en ver cómo visten, qué llevan, un poco para comparar si están mejor o peor que ellos.

Un animal suelto que cruza la línea provocaría el pitazo de la locomotora, o ese mismo pitazo, corto y largo, anunciaría la llegada al patio de una estación o su salida.

Al paso por los campos, veríamos salir de un patio un guajiro a caballo, machete a la cintura, guayabera y sombrero de yarey, coger el trillo que va junto a la línea y tomar la guardarraya, quién sabe a qué tarea del diario quehacer; una campesina tendiendo ropa sobre una cerca de alambre de púas, con tres niños famélicos a su alrededor, el más pequeño halándole la punta de la bata; cercas de piña ratón, piñón de botija, cactus. En alimentadas bestias, la pareja de la guardia rural con traje de caqui amarillo, revólver y machete, sostenedora de la tiranía, cuidadora del sistema, los latifundios y el orden en el campo, recorriendo a diario guardarrayas y fincas. Corrales con gallinas y puercos; una anciana barriendo con una escoba de palmiche el patio regado con agua y ceniza; muchachos detrás de una cerca de madera, como una reja, mirando entretenidos y admirados el paso del tren; un hombre que serrucha un pedazo de tabla sobre un banco de carpintero; cerca, un carretón destartalado; las botijas de leche a la orilla del



camino esperando que las recojan. En un apartadero, el peón caminero parado entre unos polines que ha quitado o va a poner; y cerca de él, montada sobre las paralelas, la cigüeña en que se transporta; yuntas de bueyes halando un arado que rompe la tierra donde el campesino deposita su sudor sin perspectivas para su vida; caballos pastando, reses en los potreros; al paso de un puente, niños bañándose en el río y mujeres que lavan la ropa como es costumbre en esta zona oriental, con toalla o paño cubriéndoles la cabeza para defenderse del sol, igual que los árabes o los piratas; dentro de un monte, un hombre solo con su conciencia y un hacha, a ritmo acompasado, derribando un árbol.

En una parte del viaje, la lluvia, con gruesos goterones, golpearía con fuerza el cristal de la ventanilla, y se vería correr el agua por las cunetas y zanjas, mojando los campos. Después, el sol haciéndolo resplandecer todo con más brillantez. Un cruce por debajo de un elevado. La entrada a un pueblo, el bullicio de la gente, muchas personas en la calle a media mañana, lo cual quiere decir que falta trabajo y hay muchos desocupados. En un apartadero, otro tren que espera el cruce de este, que lleva preferencia.

Así viajaría por el día, en la tarde, de noche, con el cielo estrellado y oscuridad de boca de lobo vista a través de la ventanilla. Después el lucerío de un pueblo al que se llega, con su estación desolada, pues ya la gente duerme, y allí solo se ve la guardia que da paso para que continúe el tren. A la noche le seguiría la madrugada, el amanecer, el sol saliendo para secar las gotas de rocío, aves en formación cruzando el espacio.

Al final del viaje, empezarían a verse los alambres del tendido telefónico y eléctrico de los pueblos cercanos a la capital, La Habana, con su atractivo que hasta desde el tren se nota.

Ya en la ciudad, frente al Castillo de Atarés, el tren comenzaría a subir los elevados de hierro, se verían las partes altas de los grandes edificios, las fábricas, sus chimeneas, los almacenes del puerto, la planta eléctrica. Enfrente, los muelles otra vez y allí la rampa de La Paila, adonde los camiones de la recogida de basura van, suben y voltean su carga sobre una patana que luego es remolcada hasta alta mar, donde arroja la basura a las aguas. A La Paila acude la gente en procesión buscando en estos desperdicios algo de utilidad. Regatean con las auras, que apenas pueden posarse, hasta que la noche impone el receso a personas y aves.

Después, al bajar los elevados, el paso de San Ambrosio, y ya en el patio ferroviario el lento movimiento del tren sobre los numerosos cruces de líneas, hasta llegar a la Estación Central Terminal de estos ferrocarriles que corrieron por primera vez en Cuba en 1837, pues fuimos los primeros en América Latina y los sextos en el mundo en disponer de este progreso del transporte en aquellos tiempos.

En la estación nos estarían esperando ómnibus o carros celulares o perseguidoras de la policía o yipis del ejército que nos conducirían hasta los muelles de Regla o Casablanca a tomar las lanchas, o seguiríamos en los propios vehículos, como el régimen quisiera o lo tuviera previsto, para trasladarnos y encerrarnos por fin en la fortaleza de La Cabaña.

Todas estas imágenes transcurren por mi mente como en el cine, veinticuatro por segundo, acompañadas como fondo sonoro por el constante e interminable topar de las ruedas con la unión del carril, a veces más corto o más largo, según la velocidad del tren sobre su camino de hierro.

Rompe estas ideas y recuerdos el contraste entre el conductor del tren con su planchado uniforme de caqui gris, su gorra de visera, con aire de saberlo todo y a todo darle explicación, "ponchador" y tiquet en mano, respetuoso, amable, atento, servicial; y el soldado real que aquí en el ómnibus nos lleva y desde su posición, parado frente a la puerta, nos mira con cara de malo. No quiero saber qué estará pensando de nosotros, pero su presencia me trae a esta otra realidad que es más tangible.

Ahora entramos a la parte más poblada de la ciudad de Santiago de Cuba. Desde el ómnibus veo parte de ella. Hay gran movimiento de personas hacia arriba y hacia abajo, por una acera y la otra, cruzando; niños que juegan en la calle con una pelota de trapo que rueda, escapada de sus manos, hasta quedar arrimada al contén. Oigo risas, personas que hablan en voz alta, de un radio menciones comerciales, música, tal vez la transmisión de una novela; pregones, golpes de martillo en alguna pared de madera.

Avanzamos por una avenida. En el centro tiene un parque a todo lo largo con bancos a cada lado y personas sentadas en casi todos ellos que conversan, seguramente, de los temas que ocupan el orden del día en cualquier diálogo: pelota, política, desempleo, hambre, miseria y muerte.

Por aquí, por esta misma avenida, según nos contaron, fueron llevados al cementerio Santa Ifigenia los restos de nuestros compañeros torturados y asesinados por los soldados de la tiranía, manchando con la sangre de tanto crimen aquel amanecer y los días que siguieron. Nos dijeron que sacaron la caravana mortuoria con varios cientos de soldados armados y equipados fuertemente, y la policía motorizada ordenaba a la gente despejar las calles y cerrar las puertas y ventanas de las casas. No obstante, no pudieron evitar que muchos vieran los dos camiones donde llevaban apiladas las cajas de madera con los restos de nuestros compañeros. Eran cajas rústicas, endebles, muy mal hechas, y el peso de las de arriba rompió muchas de las de abajo, por lo que aquí asomaba una cabeza, allá una pierna, de otra colgaba una mano. El espectáculo era terrible. Los bárbaros oficiales, clases, soldados y policías, sepultaron los cadáveres en un sitio casi oculto del cementerio.

Empezaba el temor, el horror, y nacía el valor del pueblo contra la tiranía. Pronto aparecieron flores sobre la tumba donde habían sido enterrados los jóvenes combatientes, y en las paredes y muros letreros de "¡Asesinos! ¡Abajo la tiranía! ¡Que se vayan los que nos quitaron la libertad!". Aquí en esta ciudad eso fue un desafío al régimen ante tanta brutalidad, dolor y pena.

-Esto crece -nos decían los que nos visitaban.

Ahora, parado en la acera, un policía, con su traje azul oscuro. Lleva chapa visible y reluciente, botones plateados, bastón de mando para golpear, colgado a la cintura o en la mano. Observa el paso de los ómnibus con cierta mueca de desprecio, después mira a un lado y al otro por encima de sus



José Luis Tasende de las Muñecas, asesinado después del asalto.



Cadáveres de asaltantes en el exterior e interior del cuartel Moncada.



hombros. Cuidador del orden y del sistema en la ciudad. Después del ataque al Moncada, arrestaban a todo el que parecía sospechoso, lo enviaban al Vivac y posteriormente para la cárcel de Boniato, o lo asesinaban. Era el correcorre de aquellos días, el susto, la histeria de los militares, su odio desatado hacia los atacantes de sus fortalezas después de conocer que no éramos soldados como ellos, sino civiles vestidos de soldados.

En un cruce de calles hay un monumento grande, en bronce y mármol negro, al mayor general José Maceo en posición de combate, blandiendo el machete. Está muy bien hecho y lo distingo desde el ómnibus, que aminora algo la marcha en este cruce. A corta distancia, detrás de la estatua del hijo, el busto de la madre, Mariana Grajales.

Se oye el ruido de una sierra sobre madera, bocinas de autos y camiones, frenazos, silbatos, el andar de una locomotora y sus carros, el tope al enganche de vagones; veo casas, fachadas de viviendas colectivas, comercios, parques, personas que se aglomeran para mirar cuando se dan cuenta del paso de los vehículos. Pasamos un carretón halado por un caballo; más adelante un hombre empuja una carretilla de tres ruedas, dos grandes a los lados y una pequeña delante, cargada de frutas y viandas; un estanquillo de periódicos y revistas; dos niños limpiabotas con sus cajones caminan y hablan moviendo las manos; sentado en un quicio, barbudo y churroso, un borracho cabecea; una mujer mayor pide limosna con dos niños descalzos que retozan a su alrededor, una hembra y un varón; cerca, un perro callejero sin rumbo. Adornan

la calle letreros pintados en las paredes y algunos anuncios lumínicos ahora apagados; hay rostros de candidatos electorales en pasquines dejados por olvido; letreros pintados en las paredes que anuncian marcas de medicinas, refrescos, cervezas, cigarros, tabacos, hasta una funeraria. En una esquina, una vidriera a cuyos lados grandes plegables de cartón, con los números en rojo y azul brillantes, anuncian los billetes de la Lotería Nacional.

Esta avenida y las calles que la atraviesan son empinadas y pendientes, suben o bajan de acuerdo con la topografía del terreno, como si fueran escalando terrazas. Se ven las montañas por diferentes lugares, formando como una herradura. Vamos por la parte interior; el extremo abierto es la bahía, el mar Caribe.

Así se presenta cuanto percibo a través de la ventanilla, contra la que casi me aplasto para observar lo que no sé si veo por última vez, pues llevo ansias de verlo y oírlo todo para retener indeleble en mi memoria el último recuerdo de esta ciudad y su inolvidable población, que en los viajes entre la cárcel y la audiencia, parada en las aceras, nos saludaba con afecto, con cariño, y una que otra joven lanzaba flores al paso. Cada día se aglomeraban más personas para vernos pasar en los ómnibus que nos conducían de la cárcel a la audiencia y a la inversa, a la ida y la vuelta de cada vista del juicio.

*Aquella primera vista del juicio... Sentía frío a pesar del calor reinante en esta ciudad, un calor menos húmedo que el de La Habana, más seco,*



más sofocante. Sentía también como si tuviera los ojos dilatados, pues miraba con asombro aquel local, los magistrados, alguaciles y militares que ya se encontraban en la sala de justicia cuando llegamos. Las ventanas estaban abiertas y por ellas entraba el sol, pero también saldrían las voces de nuestras declaraciones para llenar el ambiente con nuestra viril protesta. Después serían cerradas.

En los exteriores de aquel Palacio de Justicia y dentro de la sala, había tal multitud de soldados armados que no puedo decir cuántos eran, pues no podía calcularlos desde allí; aquello parecía un cuartel por dentro y por fuera.

Avanzamos hasta entrar entre la hilera de bancos situados como en una iglesia, pero sin reclinatorios; frente, el estrado de los jueces. Todo muy parecido al interior de una iglesia. Era la primera vez que iba a un tribunal. En ese palacio había estado Raúl,<sup>2</sup> lo tomó con cinco compañeros<sup>3</sup> más el día del ataque al Moncada y lo mantuvo mientras duró la acción. Los soldados, policías y el sereno deben haber estado mirándolo o buscándolo, con una mirada igual los jueces y magistrados que allí trabajan. Aquellos que hacía tan solo unos días se habían rendido con las manos en alto, ahora lo veían preso y esposado entre bayonetas caladas, portadas por guardias en la sala de justicia. ¡Qué justicia podría haber allí entre tantos soldados y fusiles de la tiranía!

Íbamos tomando asiento entre el ruido de los fusiles y las esposas, tropezábamos, pues se hacía difícil el andar así esposados. Después un largo silencio... Lo rompió la voz de Fidel dirigiéndose al presidente y los jueces. Les llamó la atención



Fachada del Palacio de Justicia, Santiago de Cuba.

sobre aquel hecho insólito de mantenernos esposados, reclamó que así no se podía juzgar a nadie, y denunció la falta de garantías para celebrar el juicio. El rubor nos encendió el rostro por la sorpresa y la indignación ante aquella situación en que nos encontrábamos. Se escucharon varios timbrazos. Los guardias se movilizaron en la sala, empuñaron las armas, algunos que otros apuntaron sus fusiles hacia nosotros; el ambiente era tenso.

Otro largo silencio. El presidente del tribunal anunció la suspensión de la vista hasta que nos quitaran las esposas. Salió del lugar que ocupaba en el estrado, los otros lo siguieron. Los guardias iniciaron el movimiento de buscar las llaves y probarlas en las esposas. Las abrieron y nos las quitaron a los 27. Esto duró unos cuarenta minutos. Todos miraban la operación, en particular los civiles allí presentes, algunos periodistas, soldados y policías sin uniforme.

Luego se reanudó la vista. El secretario leyó el acta y el informe de los hechos confeccionado por el jefe militar de la tiranía en la provincia.

Fidel planteó hacer uso de su derecho de abogado para realizar su defensa. Así fue después, primero fueron otros abogados, luego él. Cuando el fiscal le hizo el interrogatorio, Fidel fue preciso en sus respuestas. Con su valentía, dignidad e hidalguía, nos enseñó el camino a seguir. Era el lunes 21 de septiembre de 1953.

Al día siguiente, fue espeluznante el relato de Andrés García,<sup>4</sup> al que trataron de ahorcar después que asesinaron a su hermano de crianza<sup>5</sup> y a otro

más.<sup>6</sup> A él lo dejaron por muerto y ante el tribunal mostró la marca de la soga en el cuello.

Así fueron denunciados en esa sala todos aquellos horrendos crímenes de lesa humanidad, narrados por nuestros compañeros ante el murmullo de los presentes.

En la tercera vista del juicio no estaba Fidel. Una de las muchachas acusadas, Melba, pidió al juez entregarle un mandato, sacó de su pelo una carta y se la dio para que el tribunal la leyera. Era un mensaje de él en el cual decía que no estaba enfermo y solicitaba lo fueran a examinar médicos designados por el tribunal.

Una brusca parada del ómnibus me hace regresar de mis recuerdos. Parece que hemos llegado a nuestro destino, el aeropuerto, pues hay allí dos aviones DC-3 en su versión militar y se ve una larga pista. Un gran movimiento de soldados refuerza a los que llegan con nosotros. Bajamos y nos conducen hacia los aviones. Siempre esposados, subimos, nos acomodamos como podemos en los asientos metálicos laterales que lleva este avión de un extremo al otro del fuselaje; a la espalda la ventanilla, que para mirar por ella tengo que ladearme.

La salida tarda. Miro hacia afuera. Abajo dos oficiales hablan con un tripulante del avión. Nos corre el sudor por la frente, cara y cuello, pues el calor es sofocante. Suben los pilotos, arrancan un motor, lo aceleran, lo recortan; ahora con el otro hacen la misma operación. Se mueve el avión, corre por la pista hasta la cabeza, vira, para firme, vuelven a acelerar los motores, ahora los dos juntos, corre, y ya salimos al aire.

Las vibraciones del avión mientras toma altura me hacen recordar que una semana atrás sentimos un temblor de tierra.

*Ese día, como a las doce de la noche, después de terminar de leer una hoja del periódico Oriente me disponía a dormir. El ambiente estaba enrarecido, no corría una gota de aire, el calor era sofocante. Desde la parte alta de la litera que ocupaba, a través de la reja de la ventana, vi el cielo estrellado, negroazul, límpido.*

*De momento sentí cómo todo se movía, las rejas de la puerta se unían una con otra, chirriaban, oía voces de otros compañeros. Alguien exclamó, acompañando la expresión con una palabra obscena:*

*-¡... es un temblor de tierra!*

*Me puse el pantalón, toqué con el jarro en la ventana; quería estar afuera, por si aquello se caía no quedar atrapado entre las cuatro paredes de la celda. El soldado que afuera hacía guardia, golpeó en el piso con la culata del fusil. Me imaginé que respondía así a mi llamado con el jarro. Dijo:*

*-¡Silencio!*

*Nada más escuchamos del temblor. Al otro día, los comentarios de lo ocurrido, muchos exagerados.*

Miro por la ventanilla del avión. Abajo la ciudad, nuestros compañeros que aún quedan allí: Fidel y dos más, Crespo<sup>7</sup> y Labrador,<sup>8</sup> que no vinieron en este viaje; los otros, los inolvidables para siempre: los muertos, los heridos y prisioneros asesinados. Acuden los recuerdos de todo aquello: los viajes a

la audiencia, como ahora esposados y fuertemente custodiados con armas largas hasta que un magistrado pidió que nos quitaran las cadenas ante nuestra protesta; en el juicio, la dignidad de los que se declararon culpables y responsables de sus actos, los soldados que entraban al recinto y se movían a su antojo.

Ahora vemos la bahía grande, el faro, el Morro como una maqueta, después otra bahía más pequeña. Entrantes y salientes en la costa, la Sierra de un lado y el mar del otro. ¡Qué contraste tan lindo! Desde aquí parece que el mar juega con la línea irregular de la costa, se ven tramos con arena, playas de piedras, rocas; el mar avanza y retrocede en su flujo y reflujo con su azul intenso, como si penetrara a profundidad. Su color solo cambia y se enturbia en la orilla de la costa por donde desembocan los ríos con los arrastres provocados por las lluvias caídas en estos días. El mar hace ondas suaves, grandes, se ve tranquilo hasta que llega y se retira de la orilla todo espumado, mientras que el sol con su luz tiende sobre él una lámina brillante.

Después el avión se mete más hacia la tierra. Desde arriba veo la vegetación tupida más verde que la de la costa, líneas de caminos, pequeños bohíos que parece como si resbalaran por la pendiente. Más arriba, la neblina cubre los picos de las elevaciones, parecidas a las que escalamos en las estribaciones de la Gran Piedra cuando nos retiramos de la Granjita de Siboney. Si allí hubiéramos encontrado alguien que nos sacara a esta cordillera de la Sierra Maestra, otra cosa pudo haber sido, pues nos pasamos casi una semana dando vueltas y saliendo siempre al mismo lugar, hasta que

fuimos apresados, conducidos al Vivac y después a la cárcel de Boniato. Ahora vamos para La Cabaña, hacia otra cárcel, nueva para nosotros. ¿Cómo será? Otra vez hacia lo desconocido, pero como es en La Habana, estaremos más cerca de la familia, los amigos, lo conocido. La prisión con visitas es más llevadera.

*Ahora recuerdo que a la Granjita llegamos un puñado de hombres en un auto que llevaba más de lo habitual. Regresábamos del Moncada por aquella carreterita estrecha de Siboney. Estábamos agotados y sin parque. Después llegaron otros carros más.*

*Entramos en la casa de mampostería pintada de blanco y rojo, con portal, puertas y ventanas, techo de tejas. En las colchonetas que habíamos dejado sobre el piso acostamos a Benítez,<sup>9</sup> el compañero herido, le examinamos la herida. Miré todo aquello nuevamente, quizás por última vez. Todo estaba regado, las cajas abiertas donde venían los uniformes y algunas armas, otras las sacaron del pozo y del falso techo; papeles dispersos, tal y como los habíamos dejado por la madrugada, cuando salimos para el Moncada. Antes de la partida, cuando repartieron los uniformes, le dije a Melba:*

*-Yo quiero uno de sargento.*

*-Sargento no -me dijo-, porque no tienes el tipo, no eres alto, ni fuerte ni gordo ni barrigón, para dar un sargento de la tiranía.*

*Efectivamente, soy delgado, con cara de no mandar a nadie por lo extenuado que estaba del viaje desde La Habana hasta Oriente y los días sin comer casi nada.*



Frente y parte posterior de la Granjita Siboney.





A la hora de repartir las armas, pedí un M-1, un Springfield o una pistola. Me dijeron:

-No, no, nada de eso hay aquí. A ti lo que te toca es un fusil calibre 22.

Aquello me enfrió, al pensar que con esas armas íbamos a un combate, y aún más cuando después supe que era para atacar la fortaleza del Moncada, la segunda del país.

Antes de partir para el ataque, después de las palabras de Fidel, que fortalecieron mis sentimientos morales, me dije:

"Arriba con los valientes que hay aquí, ni más que ellos, ni menos. Cuando un hombre da un paso al frente, solo queda atrás herido o muerto".

Miré de nuevo buscando sin saber qué, hasta que alguien dijo:

-Vamos, vamos.

Y seguimos a Fidel, quien había dicho que el que quisiera lo siguiera.

Salimos caminando por un sendero hasta la portada de madera que divide el patio de la calle. Estaba abierta y la cruzamos. Todo se veía tranquilo y desierto. Levanté la vista y en la profundidad vi una casa bajo una arboleda, y frente a ella una cerca de tres pelos de alambre de púas. Al llegar a esta bajé uno con el pie, subí el otro con la mano derecha, en la otra el fusil. Pasó un compañero, después otro y otro más. Este último aguantó los alambres para permitirme el paso. El resto lo hizo cada cual por donde pudo. Teníamos delante la loma, y había que subirla, sin saber por dónde coger para llegar al firme y allí orientarnos. Eso era lo primero, pues ninguno de los que íbamos conocíamos el lugar, así que a subir, subir, y arriba indagar

con las primeras personas que nos encontráramos para después decidir el rumbo.

Ya llevábamos caminando largo rato, bajo el fuerte sol de la mañana, por potreros de yerba de guinea y aroma. Había árboles, pero no eran muy frondosos; teníamos sed y estábamos agotados. Ya más agrupados, ordenaron hacer un alto, pues uno de los nuestros había quedado rezagado. Pregunté quién era. Dijeron un nombre, pero no sé, no lo conocía, muchos nos conocimos al reunirnos para la acción. De los 19 conocía a cinco o seis. Continuamos.

Al rato avisaron de la presencia de una casa. Unos compañeros se acercaron para indagar, mientras el resto quedamos ocultos. Regresó uno de los que fueron e informó que había una señora sola. Salimos todos con precaución detrás de él, a prudencial distancia. Llegamos al bohío. Tenía piso de tierra, paredes de yagua, techo de guano, sin portal, dos habitaciones, una de dormitorio, otra de comedor y cocina. Había contados muebles, en mal estado. Sobre el fogón un colador, un jarro con café y pequeñas laticas, como jarritos, a su alrededor. Una señora mayor<sup>10</sup> estaba trajinando, nos dio café y cigarros como había hecho con los anteriores; los distribuimos. Hacía rato que no ingeríamos alimentos, no recuerdo la hora en que habíamos comido por última vez. Tenía la boca reseca, pues el calor era sofocante. Tampoco sabía qué día era, había perdido la noción del tiempo, todo había pasado tan rápido o tardado tanto, no sé. Eran como las doce del día y el sol estaba en su cenit. Oí cuando le preguntaban a la señora si tenía radio o dónde se podía oír noticias. Dijo que el de ella estaba

roto y no sabía cómo estaba el de su vecina, que vivía lejos.

Le preguntaron por los hombres de la casa y dijo que estaban fuera y no volverían hasta por la tarde. Estaba sola con su nieto, que había ido por agua al arroyo. Le preguntaron si él podía enseñarnos el camino. Contestó que sí, pero que aún tardaría un poco.

Decidimos continuar solos y nos pusimos en marcha. Tomamos un sendero por una zona árida. Seguía el calor sofocante. La yerba se veía seca, calcinada. Caminamos con precaución y lentitud, pues llevábamos un compañero herido de bala en una pierna y otros que caminaban con dificultad. La mayoría, aunque estábamos entrenados, no era para grandes marchas. Practicamos con disciplina, pero no con el rigor necesario para enfrentarse a una montaña, y escalar esa no era cosa de juego. Se desesperaba uno al ver que no llegaba nunca, y que al final, después del arribo, cuando uno pensaba que se mantendría por un camino en el alto, debía bajar para volver a subir otra vez. Así es el terreno en las montañas. ¡Qué bueno sería si nos quedáramos arriba!

Al rato de estar caminando avisaron que paráramos. Se acercó un jovencito<sup>11</sup> y dijo que era el nieto de la señora del bohío, que lo enviaba para guiarnos hasta bien adelante. Fidel habló con él y continuamos. Al final nos dejó en un sendero arbolado. Le pedimos que guardara silencio sobre la ruta que llevábamos, la Gran Piedra, y continuamos. Al bajar por un sendero escuchamos el ruido de las aguas de un río corriendo sobre las piedras de su cauce; nos íbamos acercando cada vez más

al ruido y al río, hasta que por fin lo vimos. Acampamos en sus márgenes, a la sombra de los árboles y acariciados por el aire fresco. Tomamos agua, nos lavamos la cara, nos echamos agua por la cabeza, y al rato avisaron que seguíamos.

Entrada la tarde llegamos a un bohío en peores condiciones que el anterior, donde aparentemente no había nadie. Tocamos, y como no nos respondieron empujamos la puerta, que cayó al suelo. Dentro estaba desierto. Al salir por la puerta de atrás, vimos un hombre<sup>12</sup> sentado en un banco debajo de un árbol, observándonos. A su lado un puerco hociqueaba en el suelo y gruñía. Al vernos, el hombre se incorporó, nos saludamos y hablamos con él para que nos vendiera el puerquito, pues habíamos hecho una gran caminata sin ingerir alimentos. Él planteó que no lo podía vender ni matar, porque era lo único que tenía. Entonces le preguntamos cómo se llamaba aquel lugar y dónde podíamos obtener algo de comida. Nos respondió que estábamos en los Altos de Ocaña, y que nos podía conducir a la casa de un hermano,<sup>13</sup> donde sí podríamos comer, pues tenía una estancia.

Cuando llegamos al otro bohío, nos prepararon comida con delicado esmero, y los hombres y mujeres allí presentes nos dimos a los quehaceres de preparar un puerco y viandas. Ya bien entrada la noche, después de haber comido y saber que aquel otro lugar se llamaba El Cafetal, continuamos la marcha.

Entonces iban con nosotros como guías los dos hermanos, con poco entusiasmo, pues a medida que consideraban las consecuencias de un posible encuentro con los guardias, empezaban a preocuparse.

Alguien del grupo hizo ademán de fumar, pero uno de los guías dijo que fumar no era razonable, pues si lo hacíamos todos íbamos a parecer una fila de cocuyos moviéndose de arriba abajo, y ese lucerío podría llamar la atención.

Al rato los hombres empezaron a toser y decidimos que volvieran a sus casas, advirtiéndoles que no dijeran que habíamos estado allí, pues no era bueno que lo supieran por ellos, ya que eso los comprometería. Dicho esto regresaron, y nosotros seguimos dando tumbos por el camino. Era un grupo en que la mayoría no habíamos caminado por los montes de noche, sin luna y, naturalmente, unos tropezaban y otros caían. A Benítez, el herido, había que esperarlo, por la lentitud de su marcha. A otro lo llevaban halándolo con una soga, pues había perdido los espejuelos. Así, no sé qué tiempo más caminamos y esto para mí era una nueva experiencia, pues nunca había estado como alzado en el monte. Se escuchaban perros ladrando a lo lejos, grillos, chicharras y algo que a cada rato silbaba "ssih, ssih".

Serían como las dos de la madrugada, sin haber caminado más de hora y media, cuando decidimos acampar. Cada cual se acomodó como pudo y, a causa del cansancio, nos dormimos. Con el frío de la mañana, la neblina y el rocío nos despertamos. Esas dos o tres horas las dormí con tanta profundidad que no escuché los que se turnaban en las postas. Además, parece que me interné tanto en el montecito en el que amanecí, que por la mañana no me encontraban y no fui molestado por los insomnes ni en los cambios de guardia.

No sé si entre sueños o ya despierto escuché el canto del gallo. Nunca lo había oído como enton-

ces; anunciaba la mañana y mi nueva vida de alzado en estos montes.

Con la luz del nuevo día, cuando exploramos el lugar donde habíamos pasado la noche, descubrimos que estábamos al borde de un barranco, un corte abrupto que parecía hecho por la mano del hombre. De haber continuado caminando en la oscuridad, habríamos desaparecido como por encanto uno tras otro y, al amanecer, todos abajo quién sabe en qué condiciones, como si nos hubiésemos lanzado desde la Roca Tarpeya. Tal vez, la noticia habría sido que nos tiramos en masa al no alcanzar los objetivos en el Moncada, o quién sabe cuántas otras cosas salidas de la fantasía popular para engrandecer el acontecimiento.

Estaba medio entumecido y me iba moviendo poco a poco, algo adolorido. La ropa la sentía húmeda y fría. Como no tenía nada que recoger y el fusilito había dormido sobre mí me levanté rápidamente. Salimos al camino y continuamos. Ya en la marcha entré en calor. En la noche, los ladridos de los perros nos habían mantenido alerta; en ese momento, de día, cuando caminábamos lo hacía la aviación.

-¡No se dejen ver! -dijeron-. ¡Caminen separados!

Alguien tomó una rama como camuflaje. Le dije que no bastaba la rama al caminar, pues los árboles no se mueven, así que se parara cuando el avión pasara cerca para evitar ser visto y que dispararan sobre nosotros. Me abrió los ojos tan grandes que parecía que se le iban a salir de las cuencas. Le dije:

-¿Tú crees que pasan por ahí solo para mirarnos y conocer el rumbo que llevamos?

Bien entrada la mañana, encontramos por el camino un jovencito<sup>14</sup> que padecía de parálisis. Le preguntamos sobre el lugar, si había visto soldados. Dijo que no. Le preguntamos qué vecino tenía radio. Nos dio un nombre que no recuerdo y nos dirigimos hacia el lugar. Llegamos al bohío y tomamos posesión de él. Había una señora y, efectivamente, un radio de pilas. En ese momento hablaba el tirano, arengaba a los soldados contra nosotros. Decía que con los ataques a los cuarteles Moncada y "Carlos Manuel de Céspedes" pretendíamos inferir un golpe al régimen. Después del acto dieron lectura a una lista de los atacantes muertos, entre ellos, Emilio Hernández,<sup>15</sup> el compañero que se había separado del grupo en la misma mañana del 26, cuando nos emboscamos para esperar a los guardias frente a la Granjita; dos de los presentes lo confirmaron. Lo habían asesinado también. Nos indignamos todos, lanzamos improperios contra el tirano y los guardias del cuartel. Después en el bohío tomamos agua, café, fumamos y nos quedamos allí un rato, pues los aviones continuaban los reconocimientos. Cesados estos, seguimos.

Como a la hora encontramos otro bohío donde acampamos. A un muchacho<sup>16</sup> de la casa le encargamos comprar cigarros, fósforos, leche condensada y otras cosas. Cuando regresó con el encargo, intentamos pagarle, pero no aceptó cobrar. Insistimos.

Emprendimos la marcha de nuevo, pero a las tres o más de la tarde escuchamos truenos y el cielo se puso gris oscuro. Un aire fresco con olor a

tierra mojada hacía caer las hojas secas de los árboles y levantaba remolinos de polvo. Comenzó a caer una llovizna gruesa, que pronto se convirtió en un aguacero intenso. A partir de aquel momento, la marcha resultó más difícil y agotadora a causa de la lluvia, la frialdad del agua, el camino pedregoso y fangoso, más la lentitud del compañero herido en la pierna y del que perdió los espejuelos. En esas condiciones nos guarecimos en un pequeño montecito a esperar que escampara. Por lo menos, allí el agua no nos caía directamente, pues las copas de los árboles aguantaban la fuerza de la precipitación, las gotas caían más suavemente y se sentían menos frías. Al rato escampó. Seguimos, Fidel siempre al frente del grupo. Algunos llevábamos las camisas enrolladas a la cintura. El camino era cada vez más difícil, pues estaba encharcado. Había piedras en algunos tramos, pero en otros el fango resultaba pegajoso y resbalábamos. Entre caídas, quejas y el trabajoso andar, avanzamos bajo un cielo estrellado, bello, visto entonces como nunca, después que las nubes descargaron su agua con la lluvia. Todo se veía tranquilo.

Acampamos para esperar el nuevo día. Alguien dijo que faltaba un cuarto de hora para las doce. Nos acomodamos como pudimos, uno cerca del otro. Como a las dos horas de estar entre soñolientos y despiertos, pues mojados no podíamos conciliar el sueño, oímos entre nosotros un disparo y fuimos a ver: un compañero herido en el pecho, Lazo.<sup>17</sup> En la oscuridad de la noche lo distinguimos allí parado, con la herida sangrante, rodeado por los otros compañeros; decía:

- ¡No es nada, no es nada!



Observamos la mancha oscura de la sangre que le empapaba la camisa. Solo pidió agua, pero allí nadie tenía agua a esa hora. Apareció leche de la comprada cuando estuvimos en el último bohío. Lazo se quedó junto a Benítez, el compañero herido en la pierna, y al que caminaba con lentitud. El resto fuimos a reforzar la vigilancia, pues el disparo escapado había sido de pistola y sonó retumbando fuerte.

Al amanecer dimos una reunión para considerar la situación. Había tres compañeros, Benítez, Lazo y Montané,<sup>18</sup> con dificultades para la marcha y dos de ellos necesitaban atención médica. A Benítez se le inflamaba cada vez más la rodilla y se le estaba poniendo prieta. Decidimos que regresaran al bohío anterior acompañados de tres compañeros más,<sup>19</sup> para que buscaran un médico en Santiago de Cuba que atendiera a los heridos. Nos despedimos con apretones de manos y abrazos. Con el sacrificio vivido, los días juntos y las vicisitudes pasadas, los hombres se hermanan, se aprecian y se quieren. Con pena los vimos partir, el adiós fue triste para ellos y nosotros. Quedábamos menos.

Recordé que el día 26, después del asalto al Moncada, frente a la Granjita, en el potrero y junto a la cerca, nos emboscamos para atacar a los soldados cuando llegaran. Aproximadamente a la media hora desistimos, porque con fusiles calibre 22, escopetas calibre 12, tres pistolas y casi sin parque, no íbamos a hacer nada efectivo y decidimos continuar. Descansamos debajo de un algarrobo grande. A partir de allí no continuó con nosotros Emilio Hernández, el que después conocimos por la radio que había sido asesinado. Un día después,

*otros cinco se extraviaron. Ahora se iban estos. Quedábamos Fidel y siete más para continuar la lucha con la tropa diezmada.*

A partir de ese momento se me pierden detalles de dos días, aunque busco y rebusco en mi memoria qué hicimos, cuál fue el recorrido, dónde estuvimos, pero nada. Lo dejo así y ya otro día los encontraré, pues por más que me esfuerzo, ahora no me aparecen en los recuerdos. No hay que olvidar los momentos de tensión que vivimos, y a veces me pregunto por qué mi memoria no los registra como los otros.

*Bien, seguimos. Llovía, escampaba, volvía a llover. Por la tarde, cuando cesó la lluvia que caía a cántaros, salimos a un camino que va a una mina o cantera de piedra. Corría todavía el agua por la pendiente como un arroyo. Tomamos un trillo que conducía a un bohío, y frente a él encontramos un campesino<sup>20</sup> de treinta y cinco o cuarenta años que exprimía una camisa. Al vernos, avanzó ligero hacia nosotros, nos dijo que sabía quiénes éramos y nos pidió que no llegáramos al bohío, porque su mujer estaba parida y no quería que la asustáramos.*

*-Se le puede suspender la flor del parto, y si se me muere no sé qué voy a hacer con los demás muchachos que tengo, ellos y yo solos.*

*Fuimos con él hasta una mata de mango que estaba en un alto. Llegamos casi a rastras, pues teníamos el temor de que allí pudiera haber soldados y además el hombre no quería que hiciéramos grupo. Ya bajo la mata de mango continuamos conversando. Le pedimos nos orientara dónde está-*

bamos y nos consiguiera algo de comer. Apareció un niño como de diez años y se apareó a él.

-Es mi hijo -nos dijo.

Le preguntamos al campesino hacia dónde quedaban Santiago de Cuba y Siboney. Señaló con el índice hacia un lado y otro.

-Lejos -dijo.

-Lejos, ¿qué distancia?

-Leguas, leguas -respondió.

Fue a la casa y volvió con un morralito donde traía unas botellas con café y leche, galletas y un pantalón para uno de nosotros. Después nos dijo que teníamos que irnos y nos indicó que tomáramos hacia el este, siempre al este, por donde el monte es más tupido; que para abajo no volviéramos, pues allí era la muerte. Emprendimos la marcha ante la premura de quien deseaba que nos fuéramos.

Al día siguiente volvimos al bohío de aquel campesino. Habíamos caminado sin una orientación precisa, y tan así es que regresamos al mismo lugar. Encontramos otra vez al hombre, que nos vio llegar con asombro y disgusto, pues pensaba que estábamos lejos de allí. Nos condujo hasta una cueva cercana. Era grande y parecía un refugio de chivos, pues había cagarrutas y olor a berrenchín. Hicimos camas con yerbas y yaguas, y nos repartimos los espacios. Cerca había árboles con mangos verdes y pintones, pero por disciplina no les tiramos piedras, y solo cogimos los que estaban en el suelo por los alrededores. Al amanecer nos fuimos. Allí no era conveniente estar, pues de quien dependíamos, desde el primer día que llegamos, deseaba que nos marcháramos lo más pronto

posible porque le preocupaba tener una tragedia familiar. Hay que ponerse en el lugar de este hombre: la mujer recién parida, sus hijos, mientras que a unos alzados en los alrededores de su casa los soldados y la aviación les seguían los pasos.

Como a las seis de la tarde divisamos un campito arado y cerca del camino un pequeño rancho, como un varaentierra, de guano y yagua en techo y paredes. Al frente, a cierta distancia, un árbol frondoso y otros más pequeños dispersos. El conjunto estaba enclavado en un pequeño firme entre las ondulaciones del terreno. Bajamos, subimos por el camino, que sin ser amplio era espacioso, con canarreos por las lluvias caídas, bordeado a ambos lados con cerca de alambre de púas y palos rústicos, bastante cerca uno de otro para evitar que el ganado se saliera de los potreros de yerba de guinea.

Nos acercamos despacio, llegamos con precaución, lo cercamos y entramos varios. Dentro, estaba un hombre joven, como nosotros o más, junto a un fogón de tres piedras, sobre el cual, en un calderito de hierro, calentaba un poco de arroz con frijoles.

Después entró el resto. Se le hicieron preguntas sobre el Moncada, la zona. Nos dijo que estábamos cerca de la carretera de Siboney. Nosotros creíamos que nos habíamos alejado más y eso nos incomodó. Tantos días caminando y estábamos casi cerca del punto de partida.

-¿Qué noticias hay? -le preguntamos.

Respondió hablando despacio. Nos brindó de comer, y con la misma cuchara y del mismo caldero

comimos todos, los ocho. Fue como para engañar al estómago, pues después el hambre sería mayor, ya que durante el día habíamos estado a base de mangos verdes. Nos dijo que los guardias estaban cerca, como a un kilómetro, y nos mostró el lucerío del lugar. Eso lo complicaba todo, porque era como empezar de nuevo. Tanto caminar y seguir en el mismo sitio, y todos estos contornos ahora con más vigilancia, me repetía desanimado, sin expresarlo a los demás compañeros.

Le preguntamos dónde podíamos comprar o conseguir algo, y como contestó que en la casa del dueño de la finca, salimos tras él hasta una cañada que cruzaba cerca de la vivienda. Todavía corría el agua por la cañada y nos quedamos en su borde. Él siguió solo.

Nos intranquilizamos, porque tardaba en regresar con respuesta y estábamos a treinta o cuarenta metros de la carretera de Siboney, pues escuchábamos el ruido de los motores de los carros que cruzaban por ella. Por precaución nos movimos del lugar y solo uno quedó más cerca, para avisar el regreso del campesino. Por fin apareció en la oscuridad como una sombra, silbando una y otra vez. Salió el que estaba más cerca, y después nosotros nos acercamos. El joven venía solo, y medio que se incomodó porque no nos encontraba a todos juntos y donde él nos había dejado; nosotros también con él, porque no traía al dueño de la finca.

Informó. Le habían dicho que después que se acostaran las mujeres de la casa, vendría un hijo del dueño. Le dijimos que volviera a la casa y les insistiera que queríamos hablar con el dueño de la

finca. Se fue otra vez, y al regresar nos pidió que subiera uno solo de nosotros para hablar con el de la casa. Nos dejó pan, galletas, chorizos y un litro de leche.

Salió Fidel, y detrás nos fuimos acercando nosotros. Entonces el hijo<sup>21</sup> del dueño salió de detrás de un árbol. Nos dijo que tuviéramos cuidado, pues todo aquello estaba lleno de guardias, que allí no podíamos quedarnos. Le preguntamos cómo estaba la situación en Santiago de Cuba, cuál era la reacción de la población ante la cantidad de nuestros compañeros asesinados. Nos contestaba sin mucho conocimiento de lo acontecido, o quería ignorarlo. Solo decía:

-Muchos muertos, muchos muertos -añadiendo con mucha pena-: ¡Todos tan jóvenes!

Seguimos preguntándole cómo podíamos salir de allí, si había medios para hacerlo, a quiénes conocía él, si tenía algún vehículo. Dijo tener un camión, pero que era muy riesgoso y difícil salir en él, que era imposible. Entonces relató que el día antes algunos de los atacantes se habían entregado a las autoridades. Hablamos largo rato con aquel hombre y no encontrábamos una solución. Él solo hablaba de las instituciones cívicas y religiosas, y aseguraba que podía hacer contacto con el arzobispo de Santiago de Cuba.

Aparte, nos pusimos a conversar sobre la situación precaria en que nos encontrábamos, y decidimos separarnos en dos grupos de cinco y tres compañeros. A través del hijo del dueño de la finca, nuestro grupo haría contacto con el arzobispo, y le pedimos que lo localizara esa misma noche, para verlo por la mañana bien temprano.

Con el campesino joven regresamos para el varaentierra, y allí escondimos las armas y las balas

dentro de un tronco hueco. Le echamos yerbas, lo disimulamos bien, y nos recostamos un rato. Dormimos, pero como a la hora nos despertamos, nos despedimos de Fidel y de los dos<sup>22</sup> que quedaban con él, y nos marchamos.

Entonces tomé conciencia de que todo cuanto pudo hacerse se había hecho. Pensaba en los guardias merodeando y vigilando por toda la carretera de Siboney a Santiago, y que pronto estarían por aquellas lomas, si no estaban ya. ¡Y nosotros sin armas apropiadas para combatirlos allí en las montañas, desconocedores del terreno, pues después de haber caminado tanto estábamos en el mismo sitio, casi sin ropas, con los zapatos destruidos y sin guía! Ya lo único que quedaba era encontrarnos con el religioso para ver cómo podíamos salir de aquellas montañas y del país.

Con este pensamiento emprendimos otra vez la marcha hacia abajo. Empezaba a disiparse una densa neblina, y bajábamos por el mismo camino por el que habíamos subido. Ya en un potrero vimos al arzobispo, de constitución gruesa, con solideo, recogiendo la sotana con una mano y sosteniendo un crucifijo en la otra. Trataba de cruzar, sin lograrlo, la cerca del lindero de la finca, a cuatro metros de la carretera, mientras otro le separaba los alambres de púas para que pasara. En ese momento vimos también a los guardias que se acercaban y nos hacían fuego a la vez que gritaban:

—¡Ríndanse, ríndanse!

El arzobispo también gritó:

—¡No os matéis, no os matéis!

Nosotros, al escuchar los tiros, nos tiramos al suelo ante la cantidad de proyectiles que pasaban

o caían a nuestro lado. Entonces el religioso gritó nuevamente:

-¡Los quiero vivos, por Dios; los quiero vivos, por Dios, por Dios!

Los soldados volvieron a disparar, después cesaron.

-¡De pie con los brazos en alto! -gritaron nuestros atacantes.

Estaban nerviosos. Nos levantamos con las manos en alto, uno primero, luego otro, los cinco.

-¡Las manos detrás de la cabeza! -gritó un soldado.

Pusimos las manos detrás de la cabeza y avanzamos con recelo. Continuamos en pie, separados uno de otro. Ya el arzobispo había logrado cruzar la cerca y avanzaba con otras personas, entre ellas el hijo del dueño de la finca.

Uno de los guardias se adelantó y tiró dos culatazos, uno a su izquierda y otro a su derecha, para Mestre<sup>23</sup> y para mí. Otro culatazo más a Pancho,<sup>24</sup> que estaba más adelante que nosotros.

Entonces el arzobispo les gritó:

-¡Basta, hombre, basta! ¡Son muchachos!

-Quítese usted -le dijeron los guardias-. Estos se van con nosotros.

El arzobispo quedó allí, como un árbol enraizado, sotana negra con fajín, solideo morado, y el rostro rojo de incomodidad. Así lo vi por última vez.

De arriba trajeron a Fidel y los otros dos, para volver a ser ocho, y nos condujeron hacia la carretera y de allí al poblado de Sevilla, que está a unos pasos. En una casa de portal corrido nos sentaron provisionalmente, pidieron soga y nos amarraron por las muñecas, con las manos delante. ¡Qué triste, qué humillante vernos así amarrados, vejados y empujados! ¡Era denigrante! Para los hombres de honor y principios, que combaten frontalmente por



un ideal, consagrando su vida a la lucha contra la injusticia, es preferible la muerte en esos instantes que sufrir tal humillación. Eso no se puede y no se olvidará jamás. Así nos sentíamos.

Al de la finca donde estábamos le ordenaron que trajera el camión. Llegó al rato el camión, de cabina y cama sin barandas. A Fidel lo montaron delante con el teniente,<sup>25</sup> y partimos para la ciudad.

Por la carretera, una caravana de vehículos con un fuerte contingente de soldados avanzó a nuestro encuentro. De un yipi bajó un comandante que detuvo el camión donde íbamos. El teniente que nos llevaba arrestados bajó del camión y discutió con el comandante. Hablaron acaloradamente de llevarnos a un punto u otro.

-¡Al Moncada! -decía el comandante.

-¡Al Vivac! -decía el teniente, que subió de nuevo al camión y continuamos.

Íbamos otra vez por la misma carretera por la que ya habíamos pasado tres veces. Esta era la cuarta, y siempre bajo distintas circunstancias y con diferentes estados emocionales. Primero fue con la emoción del lugar desconocido hacia donde íbamos y donde veríamos nuevos rostros de compañeros para la acción. En aquellos momentos me acudían las naturales preguntas: ¿dónde será?, ¿cómo será?, ¿a qué distancia estará?, ¿llegaremos hoy mismo?, ¿será un lugar intrincado?, ¿con qué practicaremos?, ¿será un reconocimiento del lugar, del terreno, o alguna prueba de resistencia con caminatas por los montes?, ¿cuántos días estaremos por aquí? No habían dicho cuántos, pero aquello no podía prolongarse mucho tiempo, pues me podía quedar sin trabajo, y el ajuste que tenía entonces me iba a



Cami3n en que fueron transportados al Vivac Fidel Castro Ruz y los asaltantes apresados junto a 3l.



La represi3n

dejar algún dinero. Nadie hablaba en el auto hasta que llegamos a la Granjita.

Después, salimos para el Moncada. En silencio, agitados por la emoción de la acción inminente, sin punto de referencia de cómo sería aquello. Según pensaba en esas cosas se me apretaba todo el cuerpo y parecía como si la cabeza se me fuera a romper por la velocidad con que se atropellaban dentro de ella los pensamientos de la casa, la familia, el lugar hacia donde nos dirigíamos, sin haber estado nunca allí y conociendo su nombre solo de oídas: el Moncada, la segunda fortaleza militar del país.

Luego, el regreso, como una fuga del lugar por la rapidez, pero parecía como si el carro no avanzara. De nuevo, la cinta de lo que acababa de ocurrir. Todo el trayecto que recorriamos me era extraño; el camino, el paisaje, nada me resultaba familiar y parecía que pasáramos por allí por primera vez. Era de día, y las dos veces anteriores habíamos pasado por aquel camino de noche. Hasta que llegamos otra vez a la Granjita.

En aquel cuarto viaje, habíamos recorrido casi la mitad del camino y yo seguía sin reconocer nada. Me llevaban preso, con las manos amarradas, no iba como las otras veces por mi voluntad. Sentía la cabeza apretada como en la primera ocasión. Por mi cerebro pasaba otra vez, con la misma rapidez de una cinta cinematográfica, todo lo sucedido. La salida de La Habana, el viaje hasta Santiago de Cuba, las casas que visitamos, la alegría en las calles, los toques de tambores y la gangarria del carnaval. En la Granjita, las palabras de Fidel, la emoción de la partida hacia el Moncada, después el monte y aquel pasaje que acababa de ocurrir y que terminaba con la pregunta: ¿qué iba a pasar en aquel camión-plancha? Un rato antes habíamos

estado a punto de ser asesinados por la soldadesca enfurecida, como habían hecho con otros compañeros nuestros. Hacía un momento, el oficial mayor en bronca abierta con el teniente para que nos condujera al cuartel, y este airado diciendo que para el Vivac. No sabíamos si íbamos a ser abordados nuevamente por el camino antes de llegar a donde nos llevaban. ¿Dónde nos llevarían por fin? Decidí acostarme, por si tiraban un rafagazo de cualquier lugar por donde pasáramos, porque aquello estaba peligroso. Me acosté, miré para el cielo azul con nubes, pero la posición era tan incómoda y me cimbraba tanto la cabeza cuando la apoyaba sobre las tablas de la cama del camión, que opté por incorporarme enseguida con la ayuda de un compañero, que me dijo:

-¿Cómo te vas a poner por fin?

-Como ahora, chico, así sentado.

Y me corrí un poco hacia atrás, entre los seis.

Los soldados que iban sentados a la orilla de la plancha del camión hicieron una cerca protectora para evitar que nos fugáramos. Miraban para un lado y para el otro. Me preocupaba que otros guardias fueran a pensar que eran parte de los atacantes y como todo el mundo estaba alterado en aquellos días, se formara una balacera.

El ruido, al pasar el camión por el puente de hierro, interrumpió estas cavilaciones. Ya estábamos entrando a la parte poblada de Santiago, y el camión avanzaba por distintas calles, pues a cada rato doblaba y nos hacía perder un poco el equilibrio. Me fijé más por donde íbamos. Por fin llegamos a la Alameda. Al final vi la torre del reloj. Tomamos a la izquierda y subimos una empinada calle hasta el Vivac, al que llegamos pacientes, conscientes y realistas.

Allí había una gran multitud. Se bajaron los soldados que iban con nosotros en el camión, y entonces

se oyeron unos disparos al aire, hechos para contener a toda aquella gente que estaba en la calle.

Ya dentro del Vivac nos sentaron junto a la escalera. Los que subían a vernos, el jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), el de la policía, el del ejército, oficiales y clases, nos decían improperios, y Mestre, que estaba a mi lado, les respondía sin temor. Me preocupaba lo que pudiera suceder, pero Mestre se rió y me dijo:

-A estos hay que responderles, para que no abusen de su posición de fuerza, si no te humillan y te avasallan.

De allí pasamos a la oficina del jefe del Vivac, donde nos tomaron declaraciones. Fidel, ante los militares y los periodistas, expuso las ideas y el programa que hubiéramos aplicado de haber logrado triunfar, sin que las autoridades allí presentes se atrevieran a interrumpirlo, aunque se les notaba el malestar al escuchar sus manifestaciones. Hablaba con claridad, convicción y valentía, dominando el medio aquel, como si los interpelados no fueran las autoridades que nos tenían detenidos. Después habló con el jefe del ejército y otros oficiales que se encontraban allí.

Como a las once de la noche fuimos trasladados a la cárcel de Boniato. Entramos en la celda de la galera, y así terminaron aquellos largos días desde el 24 de julio hasta el 1 de agosto. Casi muerto de cansancio, adolorido todo el cuerpo, distensionado, caí en aquella litera detrás de los barrotes de la celda. A través de la ventana veía el cielo estrellado que daba paso al nuevo día.

Ahora de nuevo, desde el avión, veo lomas, alturas, vegetación. ¡Cuántas cosas bellas en la naturaleza que me absorben!



Asaltantes presos en el Vivac de Santiago de Cuba. De izquierda a derecha. Fidel Castro Ruz, Eduardo Montano Benitez, Juan Almeida Bosque, Armando Mestre Martínez, Oscar Alcalde Valls y José Suárez Blanco.



En el Vivac de Santiago de Cuba. De izquierda a derecha. Fidel Castro Ruz, José Suárez Blanco  
Francisco González Hernández, Edurado Montano Benítez, Juan Almeida Bosque, Armando Mestre Martínez  
y Oscar Alcalde Vallis

Algo me dice Cámara<sup>26</sup> que rompe esta comunicación con el exterior.

-Tengo la mano cansada en la posición que la llevo. Me suda y casi no me la puedo secar.

Trata de acomodarse un poco y añade:

-Pronto llegaremos a La Habana. Veremos el Campamento Militar de Columbia y parte de la ciudad hasta La Cabaña. Oye, cuando pasemos por mi barrio de Marianao, déjame mirar.

-No sé cómo podremos cambiarnos -le contesto-, porque no nos vamos a poder mover. Pero nos pondremos de acuerdo para subir los primeros a los vehículos que nos llevarán a La Cabaña y tú podrás ocupar la ventanilla. Tendré mucho gusto en ayudarte a que veas tu barrio, pues de lo contrario tendrás que esperar hasta que te dejen en libertad, después de haber cumplido los diez años.

Se sonríe de mala gana, y yo de verle la cara.

Ya llevamos como dos horas de vuelo y lo único que veo es mar.

-¡Qué extraño! -le comento-. Nada más que veo mar y parece como si fuera poco profundo.

Él le hace señas con la cabeza a los que están cerca, y con la mano que le queda libre señala un ojo y después indica que miren hacia abajo.

-No sé -le digo-, me parece como si nada más hubiéramos cruzado sobre el mar.

-Estás mal -me contesta-. Saca con dificultad un pañuelo y se seca el sudor de la cara y las manos.

En efecto, ahora diviso tierra, unas lomas, unos tanques circulares enormes. El avión da una vuelta que nos permite verlo todo mejor. Hablo exagerando la expresión del rostro y diciendo una palabra grosera.

-¡...ñoco, es el Presidio Modelo de Isla de Pinos!\*

\* En esta fecha ya se llamaba Reclusorio Nacional para Hombres. El autor ha preferido mantener el nombre de Presidio Modelo que se le dio al ser inaugurado durante la tiranía de Gerardo Machado.



Termino mi defensa, pero  
no lo haré [...] pidiendo la  
libertad del defendido; no  
puedo pedirla cuando mis  
compañeros están sufriendo  
ya en Isla de Pinos  
ignominiosa prisión.

FIDEL CASTRO  
*La historia me absolverá*

Hemos leído y oído tantos horrores de Isla de Pinos, cosas que van desde cuando Martí estuvo aquí en el siglo pasado hasta lo que cuenta Pablo de la Torriente Brau en su libro *Presidio Modelo*. Se dice que de aquí no se escapa nadie, pues por tierra, por la ciénaga, se lo comen a uno los caimanes y por mar, los tiburones, si no lo asesinan antes con la ley de fuga.

Como Martí, cuando fue enviado a esta isla en 1870, hemos llegado en igual fecha, un 13 de octubre. También en 1896, desde estas costas otros deportados salieron en una expedición para incorporarse a las fuerzas mambisas de Maceo en Pinar del Río, donde culminaba la invasión.

La influencia en nuestra patria de la presencia norteamericana desde 1898 se hace muy ostensible en esta isla, donde han creado pueblos a su estilo y semejanza, identificándolos con nombres de su país.

Con estos pensamientos sobre este nuevo lugar donde nos traen, toca tierra el avión, levantando

una gran polvareda, y se escucha el ruido de piedrecitas que saltan dando en el fuselaje.

Descendemos. Nos esperan soldados del cuartel y policías del penal. Otra vez, el ómnibus cerrado, ahora azul, pero con menos custodios. Aquí nos despedimos de las muchachas que han venido en el avión con nosotros, Yeyé y Melba. Más que hermanas han sido madres. Uno a uno, nos dan el abrazo y el beso de la separación. Aunque no hay lágrimas, es profundo el adiós. Verlas así nos reconforta y llena de fuerzas. Yeyé ha sufrido tanto, pues en Oriente dejó, entre los torturados, mutilados y asesinados, a su hermano Abel<sup>27</sup> y a Boris,<sup>28</sup> su novio. Sublimó tanto el dolor, que la dejó sin lágrimas.

Vamos por una carreterita estrecha. A ambos lados, el terreno es llano con vegetación, vemos algunos bohíos dispersos y a lo lejos unas elevaciones. Doblamos a la derecha. Se ven extensiones de tierra cultivada, enfrente dos lomas, y parece que vamos a entrar al abra que hacen. Después unas alturas que semejan mogotes. Hay arboledas, pinos.

De pronto surgen ante nosotros las construcciones circulares que vimos desde el avión; son de hormigón y con muchas ventanas enrejadas. Parece como si la carretera las fuera a atravesar. Cruzamos por un camino vecinal de piedras de mármol, doblamos. A la izquierda nos quedan los edificios circulares y dos rectangulares; al fondo, una gran elevación montañosa.

Doblamos otra vez, y la carretera termina en un edificio que se ve al frente. Antes de llegar a él

hay dos garitas, una a cada lado de la vía, con postas que salen a mirar el ómnibus.

Desde la calle, una escalinata sube hasta el bloque central del edificio. En su pórtico hay tres arcos bien definidos, y por el centro veo una puerta grande, rectangular. Más arriba, sobre el ático, un asta con su bandera. Detrás sobresale una cúpula cubierta de rasillas rojas.

El edificio se extiende a ambos lados. En cada extremo, pero separadas de este, unas edificaciones que tienen sus esquinas como un castillito parecen escoltar al edificio mayor. A continuación, a cada lado, una hilera de seis viviendas. Es todo un conjunto en orden y distancia, formando una media luna.

Bajamos del ómnibus, subimos una escalinata de mármol gris. Estamos en la administración del reclusorio, donde nos dan ropa azul de mezclilla, camisa y pantalón, un número que será nombre y apellidos mientras estemos aquí, así nos dicen, una libreta para anotar la entrega de dinero y demás objetos en depósito. Uno tras otro nos vamos cambiando de ropa en un pequeño local. Aquí todos los espacios son bien aprovechados. En una jaba de papel de estraza ponemos la ropa que traemos. Esta operación es lenta y dura largo rato.

El día también nos ha resultado largo, parece como si durara más que los otros; tal vez sea porque hemos hecho cosas nuevas, inusuales, pues en la cárcel de Boniato teníamos poca actividad. Limpiábamos la galera, los baños, cada cual su celda. Nos turnábamos de dos en dos, una pareja al trapeo, otra a la limpieza y baldeo de los baños. Mirábamos a las muchachas frente a nuestras

rejas, y con ellas hablábamos por señas. Una vez las dejaron llegar junto a nosotros, aprovechando la visita. Nos trajeron orientaciones dadas por Fidel. Allá, los presos comunes llevaban el desayuno, almuerzo y comida en tanques de zinc con tapa, pero aquí aún no sé cómo será. Son como las cinco de la tarde y no nos han dado nada de comer. Este lugar es frío, muy frío. Me he quedado con una camiseta enguatada que traía debajo de la guayabera.

Los presos que nos atienden nos miran como con lástima; tal vez, como son presos, porque saben lo que nos espera, pues ahora nosotros somos como ellos. Algunos, por buena conducta, los ponen en estos trabajos, archivan la vida y la muerte de cada uno de los que ingresan aquí, pues muchos no saldrán más, y quedarán sepultados entre losas de mármol gris parecidas a las que estoy pisando; otros saldrán cuando hayan cumplido la pena impuesta. Quisiera ver alguno salir, si es que salen algún día, pues aquí vienen los de condenas largas, veinte, treinta años, cadena perpetua, aunque todas se vuelven perpetuas.

Se habla bajito, muy bajito; "sí señor", "no señor", se responde a cada pregunta. A cierta distancia, un guardia observa los movimientos y nos apresura con ademanes y palabras:

-Delen, delen.

Emprendemos la marcha detrás de él. Hay que caminar pegados a las paredes, como sombras, sin taconear en el piso, así lo hacen los presos comunes que nos atienden.

Salimos afuera por el fondo de este edificio, bajamos una escalera estrecha que se abre como unos



Melba Hernández Rodríguez del Rey y Haydée Santamaría Cuadrado en el Reclusorio Nacional para Mujeres de Guanajay.

brazos, con escalones de mármol también. Caminamos por un sendero de piedras, pasamos por debajo de una garita con su guardia. Nos llevan hacia un edificio rectangular de seis pisos, situado a la derecha. Tiene una puerta con reja de hierro; arriba, en la pared, una placa de mármol donde leo: "Ingreso selección". Ya adentro, las fotos de perfil y de frente con el número 3833. Salimos. Al pasar por la misma reja, veo enfrente otro edificio igual. En la pared, arriba de la puerta con reja de hierro también, una placa de mármol donde dice: "Distinción buen comportamiento". Nos explican que ahí llevan a los que mejor se portan, no sé si como personas o con el régimen penitenciario.

Todo hasta aquí ha resultado un paseo largo con pasos lentos, tediosos, cansones; pero nadie está apurado por lento que resulte ser. Prisa, ¿para qué?

Ya afuera de nuevo, vamos caminando hacia una de las edificaciones circulares que vimos desde el aire. Frente a nosotros hay dos, llenas de ventanas con sólidos barrotes a las cuales se asoman los presos y saludan con gestos de cabeza o las manos. Ya están casi todos en sus celdas; quedan los que están en el comedor y algunos que transitan para recogerse.

Siempre conservamos la imagen de edificios cuadrados, rectangulares, grandes, pequeños, largos, con ventanas, parecidos a aquellos de donde habíamos salido, pero no esta monstruosidad circular que por primera vez vemos de cerca y ahora tocamos. Nos introducen en una de las circulares por una de sus entradas. Después supe que iguales a esta tienen ocho. Esta, en realidad, me parece



Presidio Modelo de la Isla de Pinos.

más impresionante, solo se escucha el ruido del aire y nuestros pasos. La construcción fue hecha para que el hombre se sienta disminuido, aplastado.

Subimos uno, dos, tres... 13 escalones, un descanso para girar, tres escalones más, otro descanso para un nuevo giro y seguimos subiendo, ahora son 15 escalones. Entramos al comedor, que parece un anfiteatro circular con varios pasillos desde la periferia hacia el centro, donde surge una alta torre, circulada por un balcón a una altura aproximada de dos y medio a tres metros, con una baranda de tubos metálicos. Desde ese lugar, un vigilante nos observa. Después conocí que el acceso a ese punto de vigilancia es por una pequeña escalera de hierro en forma de caracol que está por fuera de la torre. Las mesas están fijadas al piso con patas de tubos de hierro, los asientos son abatibles.

Caminando por uno de los pasillos, veo gorriones volando aquí dentro, buscando migajas de pan y granitos de arroz sobre las mesas y el piso; al ruido de nuestra presencia unos revolotean, otros se quedan. Agradable resulta ver cómo entran y salen por su voluntad, libres, sin que nada ni nadie se los impida. Suben a las vigas del techo, donde juegan y tienen sus nidos. Nos sentamos bajo este mundo de columnas de hormigón que sirven de apoyo al techo de vigas y angulares de acero con tejas de asbesto, donde el plato sobre la mesa parece una moneda de veinte centavos. Antes nos habían entregado jarro y cuchara. Ahí está el pan. Traen la comida en latas cuadradas de cinco galones: arroz, potaje de chícharos, carne y ñame. Pero no puedo comer, empiezo a experimentar una extraña sensa-





Comedor del Presidio Modelo.

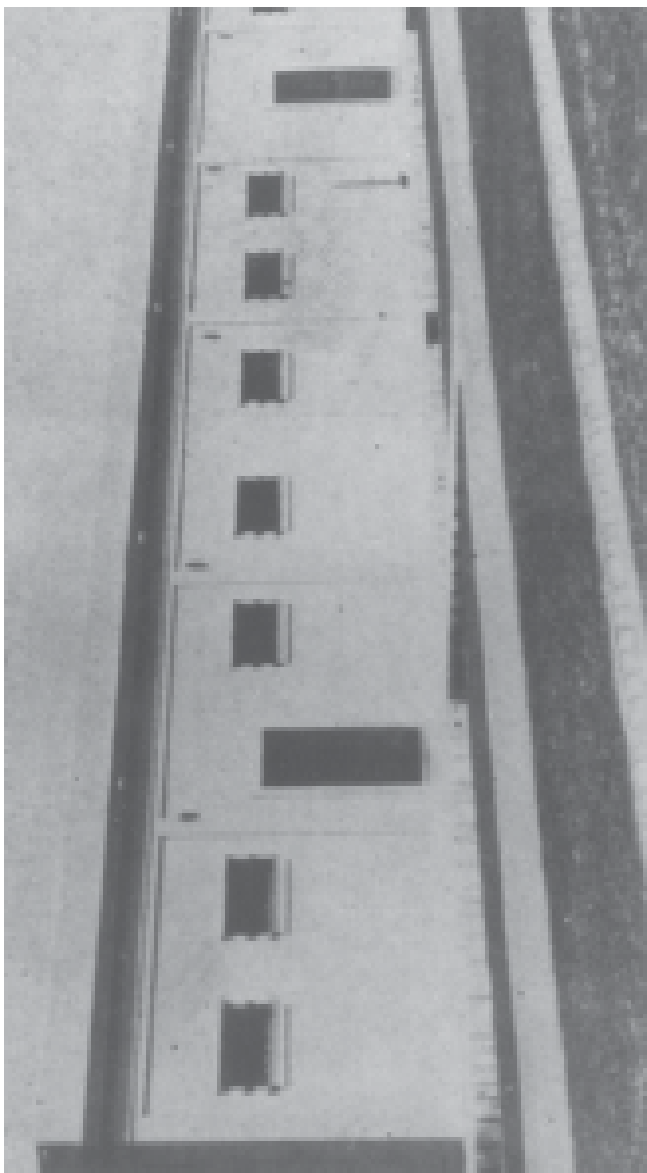
ción vagal, y solo tomo agua de una jarra de aluminio. Al rato suenan unas palmadas y un vigilante grita:

-¡Al pasillo, al pasillo, rumbo a la puerta por donde entraron! -a la vez que golpea el piso con un palo.

Nos levantamos y emprendemos nuevamente la marcha, ahora a la inversa. Bajamos la misma escalera, salimos afuera, hace frío, siento más frío. Caminamos una, como dos cuadras. Al frente se ve un edificio grande de una sola planta, a ambos lados otros edificios, antes de llegar al de la izquierda hay un campo de jugar pelota. Más al fondo, por la derecha, grandes farallones de las canteras donde se extrae el mármol. Al otro lado, en lejanía, unas pequeñas elevaciones montañosas.

Nos dirigimos hacia el edificio de la izquierda, donde sobre la pared, más arriba de la reja de hierro que identifica la puerta, se lee: "Pabellón No. 1".

Delante de nosotros, siempre el oficial que nos viene acompañando en todos nuestros movimientos desde la llegada. Ya en el interior, a mitad del pabellón, otra puerta con reja de hierro. Junto a ella está parado un preso vestido de azul, con un número en el borde del bolsillo que tiene la camisa, y una llave en la mano. Abre el candado, después la reja, pasamos a través de ella, y detrás suenan el cerrojo y el candado al cerrarse con su peculiar sonido. Cruzamos un pasillo, ahora una tercera reja donde se repite la misma operación y surge ante nuestra vista un patio cuadrado que tiene al centro, en el piso, tres tragantes también cuadrados con sus rejillas encima. Alrededor del



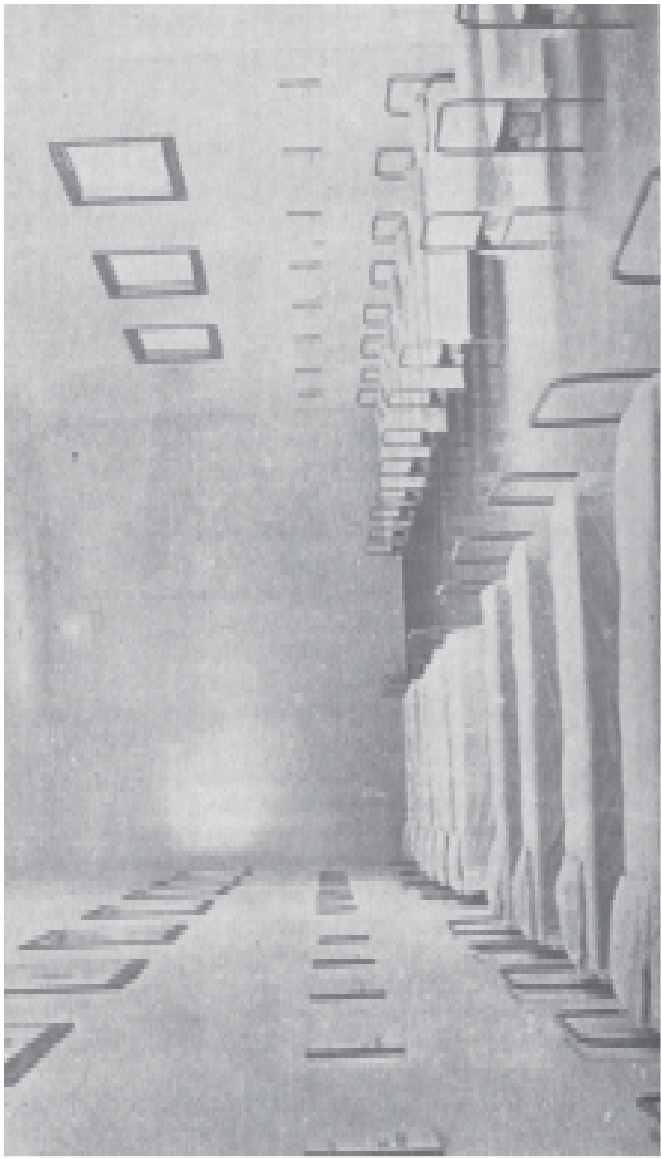
El Pabellón No.1

patio, un portal con columnas, cinco a cada lado. Hay como ocho bancos de tres piezas de mármol; en las paredes, ventanas con barrotes. En el lado opuesto al que nos encontramos, el portal apoyado en seis columnas, en la pared hay ventanas. A un extremo, una mesa larga con secciones de bancos, y al centro de la pared, una puerta también de barrotes de hierro.

Cruzamos el patio en línea recta, la puerta de reja está abierta, entramos. Esta será nuestra galera. Detrás del último cierran la puerta de hierro, le ponen el candado. El hombre alto, flaco, de espejuelos oscuros, se marcha sin despedirse.

La galera es un salón largo y espacioso. A la izquierda, al final, se ve una pared recién terminada, como si sirviera de división al local, tiene una columna al centro. Todavía quedan manchas de pintura de cal y de arena con cemento en el piso de granito, y se siente el olor de la construcción nueva impregnado en el ambiente. Todo está pintado de blanco, como la sala de un hospital. Hay colombinas a ambos lados, tienen a su costado una mesa de metal con gaveta y entrepaño, unas con puertas, otras sin estas. Cada colombina tiene una colchoneta cubierta con sábana blanca, almohada con funda; están bien tendidas. Debajo de la almohada, una frazada azul o blanca. Frente a la puerta, un estante alto de madera. Las luces están encendidas, hay cinco focos colgando del techo en todo el salón. En el pasillo central, tres escupideras a cierta distancia una de otra. Cada uno ocupa la colombina que se le antoja.

Me sitúo al final por la derecha, en la fila izquierda, cerca de la pared de ese extremo. Arriba tengo



Dormitorios de los moncadistas.

una amplia ventana rectangular con barrotes. De las ventanas, hay nueve en esa pared, que dan al exterior, a una de las calles del penal; en la otra pared hay seis, que dan al patio.

En la pared lateral, a la altura de algo más de un metro del piso, está empotrada una plancha de mármol, encima de la cual hay una homilla eléctrica. Así está dispuesta la galera, que termina en el otro extremo con los baños: una pila de agua con su vertedero, tres duchas, un urinario, un lavamanos y dos tabiques de mármol gris que dividen los servicios sanitarios. Todos empiezan a ocupar posiciones y arreglar las cosas que traen. Pongo las mías provisionalmente en un rincón, y me tiro boca arriba en la colombina, con los brazos debajo de la cabeza, apoyada esta en las manos formando una cruz, los pies cruzados. Mirando al techo, me duermo.

Al otro día nos reúnen en el patio. Un custodio nos informa del reglamento interior del penal, lo que podemos hacer y lo que no, la forma en que debemos llevar el uniforme, el cuidado en mantener la chaqueta abotonada desde el primer botón en el cuello hasta el último, la correcta postura que debemos observar, las respuestas a las preguntas y cómo darlas, ante quiénes debemos pararnos en atención, comenzando por los integrantes de la dirección del penal, los de mayor graduación. Nos conmina a portarnos bien, luego nos pelan como a los presidiarios. En fin, nos tratan como presos comunes.

Cuatro días después llega Fidel con otro compañero. A partir de entonces comienzan las discusiones con la dirección del penal, a la vez que la



Fichamiento de Fidel Castro Ruz en el Presidio modelo de La Isla de Pinos

organización de nuestro pequeño y reducido ejército para imponernos, aquí en presidio, una disciplina más férrea que la anunciada, acabando con el reglamento que nos habían impuesto en la ceremonia del patio. En presidio, la vida vacía, sin contenido, deteriora. Hay que llenar cada minuto, las horas, los días y noches, con ejercicios, deportes, lecturas, actos culturales. Hay que buscar correlación entre pensamiento y acción.

Fidel empieza de inmediato a escribir y a recibir directamente de cada compañero sus impresiones de los sucesos del Moncada y de Bayamo, desde la posición que tuvo cada uno allí. Así va reconstruyendo otras partes de aquellos hechos.

Todo se vuelve actividad; se determina los compañeros que impartirán clases en la Academia Ideológica "Abel Santamaría" y las materias: matemática, historia, gramática, geografía, inglés y filosofía; esta última la impartirá Fidel. Se confecciona un pliego de demandas a la dirección del penal: apagar las luces por la noche, limpiar nosotros mismos el pabellón para que no lo tengan que hacer otros presos; no usar el uniforme de presidiario, pues nosotros somos presos políticos; recibir y enviar cartas, pues llevamos meses sin conocer de la familia y ellos solo saben de nosotros por referencia; salir al patio y tomar sol, tan vital para la salud y que en todos estos meses no lo hemos recibido; permitimos el acceso a la prensa, el radio, libros y visitas. De todas estas demandas, no admiten la del uniforme, por el momento, ni la de las luces en el pabellón; sobre estas dijeron que era para evitar la sodomia, lo cual produjo gran indignación entre todos nosotros



hacia la dirección del penal, pues somos hombres de principios e ideas, y eso constituye una ofensa a nuestra dignidad.

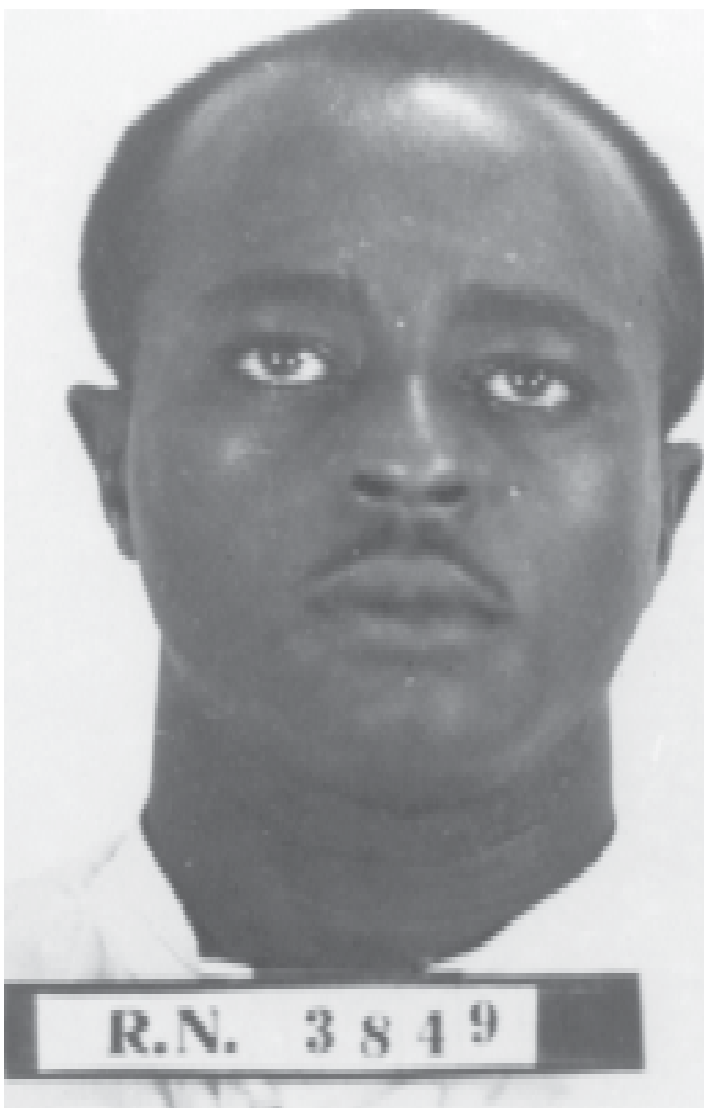
De todo esto nos trae respuesta unos días después el oficial alto, flaco, de espejuelos oscuros. En esta ocasión viene acompañado por uno del ejército de mayor graduación que él. Mientras Fidel habla con ellos, nosotros nos mantenemos vigilando con cierta discreción desde la posición en que nos encontramos. Este ha sido el primer choque con los dos oficiales representantes de la dirección del penal.

La primera salida al patio se produce después del desayuno, al quedar autorizada oficialmente. Al fin nos encontramos directamente con el sol, parecemos camaleones. Lo tomamos sentados y acostados en los bancos, recostados a las columnas, acostados en los corredores. Así le damos movimiento al cuerpo. Nos quitamos las camisas y nos dejamos tostar como en la playa. También, después de tanto tiempo, volvemos a oír y ver las aves, cerca de nosotros los gorriones, haciendo sus nidos en los aleros. Al otro día, muchos de nosotros no podemos ponernos las camisas, con quemaduras de primer grado. Según el color de la piel, los blancos parecen camarones, los negros más negros.

Por fin se produce la primera visita, el reencuentro con la familia. Voy vestido con el uniforme azul y el número 3833 en el pecho. La alegría es inenarrable. A mi madre le brotan las lágrimas, solas, sin hacer un gesto de dolor. Mi padre palidece. Yo no sé cómo ellos me ven ni lo que hago, solo sé que siento mucha alegría al verlos. Después le toca el

turno a cada uno de mis hermanos, pues todos han venido a solidarizarse conmigo y con mi causa, que a partir de este momento es también de ellos, y lucharán a mi lado, arrojando todos los sacrificios juntos, imponiéndose la cuota que le corresponde a cada uno, en especial mi padre, inspector de abasto de leche de dos gobiernos anteriores y que seguro en este lo dejarán cesante. ¿Cómo será a partir de ahora la situación de la familia? Pero, en fin, lo importante es que están aquí, para que yo me sienta respaldado como hijo y hermano. Resulta emocionante esta visita después de tres meses de prisión, los acontecimientos vividos y la forma en que me despedí del hogar.

*Aquel día salí de La Habana con mis compañeros, entre ellos Armando Mestre, estudiante en el Instituto de La Víbora por la noche y trabajador por el día, albañil, cabillero, que me fue a buscar al edificio en construcción en la calle 26 No. 564 esquina a 33, en el Vedado, donde él sabía que habíamos hecho un ajuste para colocar los pisos, hacerlo lo más rápido posible y así ganar más. Por eso trabajábamos corrido y hasta tarde en la noche. Él era mi compañero de andanzas, de conspirar, de ir a Prado No. 109, de las idas a las reuniones y a la universidad, donde conocimos a Fidel poco tiempo después del 10 de marzo y concurríamos a hacer las prácticas en seco con fusil M-1 y calibre 22, ametralladora y pistola; a la Quinta de los Molinos, a Calabazar, a Palos, a las prácticas de tiro. Éramos un grupo numeroso de amigos en el barrio, pero en estas actividades solo participábamos él, Fico<sup>29</sup> y yo. Los otros eran compañeros*



Fichamiento de Armando Mestre Martinez en el Presidio modelo de La Isla de Pinos

de trabajos y de paseos, aunque conocían de nuestra participación en la lucha clandestina. Vivíamos en el reparto Poey y militábamos en una célula de ocho miembros, de los cuales cuatro fuimos a Oriente y tres participamos en el Moncada.

Ese día, cuando Mestre llegó eran como las dos de la tarde y me dijo:

-Tenemos que salir para Oriente a una práctica de tiro.

-¿Tan lejos para una práctica de tiro? -le pregunté-. Vamos a tirar con calibre 50 o con cañón para ir tan lejos.

-Vamos, date prisa -me dijo.

Fui a cambiarme de ropa, me despedí de los demás, dejé el trabajo y regresamos al reparto. En la casa dijimos que íbamos a los carnavales en Oriente. Cogimos una muda de ropa, la echamos en una jaba y salimos para O y 25 en el Vedado, de donde partiríamos en auto para Oriente. Ya estaban allí dos más del barrio que habían llegado primero. Fidel nos despidió en la puerta con afecto y cariño. Si por el camino ocurría algo, diríamos que íbamos para los carnavales.

Salimos el 24 y llegamos el 25 por la tarde. Ya en Santiago de Cuba, fuimos a una casa en Bayamo No. 26, donde vivía Albentosa,<sup>30</sup> un compañero también de Poey, que es oriental. Nos aseamos un poco, tomamos café. Ya se oía el repiqueteo de los tambores. Eran los carnavales de máscaras y mamarrachos, Santiago se mueve bajo la máscara de la alegría desde San Juan hasta Santa Ana. De allí fuimos para Celda No. 8, donde teníamos que esperar no sé qué tiempo. No se podía salir, aunque afuera todo era fiesta. Nos bañamos. Afeité

y pelé a algunos compañeros. De muchacho había estado aprendiendo a barbero en una sala de dos sillones, en San Isidro entre Habana y Compostela, que había comprado mi padre en una ganga, pues el dueño tuvo que salir huyendo del país por no sé qué problema y se la vendió casi regalada. Un buen día mi padre llegó diciendo que al zurdo le es muy difícil ser barbero, por lo que tuve que dejar el oficio. Más bien creo que él no me quería allí para no sentirse vigilado, pero el caso fue que algo aprendí y lo apliqué: afeité y marqué los cortes.

Como a las diez de la noche, tal vez un poco más, fuimos para la Granjita de Siboney.

Ahora, en este Presidio Modelo de Isla de Pinos, nos encontramos de nuevo frente a los familiares, amigos y conocidos nuestros y de los demás compañeros. Ellos nos cuentan todo lo ocurrido en nuestra ausencia, y nosotros, lo sucedido los días 26 y 27 de julio.

Así comenzaron, verbalmente primero y por escrito después, los mensajes que serían distribuidos en cajas de fósforos y debajo de la capa de los tabacos, para que nada quedara oculto y todo se supiera. De nosotros a ellos y de ellos a los demás, la verdad surgía de las entrañas mismas de la tierra, de la tumba de cada compañero muerto o asesinado, de aquella mole de hormigón y hierro, el documento de Fidel: *La historia me absolverá*.

En este local, aunque se habla bajito, resulta atormentador para nosotros, después de tanto tiempo, el susurro, el abejeo que se amplifica como si saliera por altoparlantes; el olor a tabacos y cigarrillos, a talco, coloretos, perfumes, producen en

algunos un estado vagal con fatiga y sudoración. Al rato, unas palmadas y un "¡Arriba!" dado por el oficial alto, flaco, de espejuelos oscuros. Nos despedimos con abrazos, besos, estrechones de manos. Después, una que otra vez, en un ómnibus interior, nos llevan de nuevo a la galera, que es nuestro domicilio actual.

Regularizadas las visitas, con los regalos que traen los familiares se organiza una cooperativa, se nombra a Alcalde administrador y todos depositamos: cigarros, tabacos, dulces en conserva, leche enlatada, todo lo que nuestras familias traen, aunque les decimos que no se preocupen por nosotros. Pero no se puede evitar.

Transcurren los días sin novedad entre el estudio, las actividades normales del penal, las sucesivas visitas, la entrega de mensajes, el recuento de los hechos y sobre los compañeros desaparecidos y asesinados. Levantan la censura, dejamos el uniforme, empiezan a llegar el radio, la prensa, los libros, y con ellos la historia del mundo, novelas, ensayos, cuentos. La lectura educa, prepara, conforta. ¡Cuánto ayuda! Para el hombre preso es como vivir en los libros.

De solicitudes y obsequios de amigos y familiares se va nutriendo nuestra Biblioteca "Raúl Gómez García". Entre las obras que ya tenemos están algunos volúmenes de José Martí, *Juan Cristóbal*, la *Biblia*, el *Corán*, *La Ilíada*, *El judío errante*, *El capital*, de Carlos Marx; *Los miserables*, de Víctor Hugo, *Así se templó el acero*, *La piel*, de Curzio Malaparte, *El hombre mediocre*, de José Ingenieros, *Don Quijote de la Mancha*, *Crimen y castigo*, *Martín Lutero*, *Napoleón*, de E. Tarlé, *Adiós a las armas* y *Por quién*

*doblan las campanas*, de Ernest Hemingway, *Reportaje al pie de la horca*, de Julius Fucik y otras muchas, pues la biblioteca va creciendo con rapidez hasta llegar a contar con más de quinientos títulos.

Con nuestras lecturas nos preparamos para no perder un solo minuto, y lo que leemos son temas seleccionados y dirigidos política, ideológica y culturalmente, pues así, al cumplir la sentencia, estaremos más capacitados para reiniciar la vida y la lucha fuera del penal.

De este modo, entre lecturas y estudios, ejercicios y prácticas deportivas, caen un mes tras otro las hojas del calendario.

Invariablemente, a diario, constante como la salida y puesta del sol, a las seis de la mañana y por la tarde, cuando entramos uno a uno en la galera: "¡Atención! ¡Recuento!". Después, el cierre de la puerta con candado al pasar el último, el cambio de la guardia con el toque de silencio para todo el penal, como la diana en la mañana para empezar cada día. No sé si este toque es del penal o del cuartel, el caso es que nos señala a todos el inicio y término de cada jornada, de cada día, cuyas incidencias más sobresalientes voy anotando en una libreta. Llené una y voy por la otra. Además, los días que no escribo nada hago rayas, pues marcando así nada se olvida. Si estuviera incomunicado en una celda, sin lápiz ni libreta, marcaría los días en la pared con una cuchara, porque esto es una necesidad del preso, es como si los fuera borrando de la sentencia que debe cumplir.

Ayer me mudé de lugar y de cama. Donde me encontraba no se podía vivir, porque se había convertido en un centro obligado de reunión. Allí esta-

ba la cocinita y concurrían los compañeros en el desayuno, el almuerzo, la comida y los chocolates nocturnos. Era como una esquina famosa de un barrio. Mientras calentaban o preparaban algo de comer, hacían las reuniones y discusiones del día, y esto no me dejaba leer ni estudiar ni escribir. Encontré con quien cambiar y lo hice enseguida para una de las camas cerca de la puerta, desde la cual tengo buena visibilidad hacia el exterior. Veo el patio, a todo el que entra, y hasta una parte del cielo.

Hoy, antes del recuento por la mañana, veo parado frente a la reja de hierro de la puerta a Bedia,<sup>31</sup> el compañero que practica algunos de los ejercicios del yoguismo. A veces los hace en la cama; otras, de pie frente a ella o, como ahora, en la puerta de entrada para recibir primero que nosotros la luz del día, mientras espera que el custodio venga y abra la puerta.

Parece como si estuviera parado en atención, y es tal su concentración que no se le mueve ningún músculo.

-¿Qué logrará con esa concentración? -me pregunto y a él también.

-Es para la meditación -me responde.

-Interesante, muy interesante. ¿Y eso dónde lo aprendiste?

-Con un amigo y después en los libros donde aparecen todas las posiciones que hay que adoptar -me explica.

Lo que sí se aprecia es que hay que tener mucha, pero mucha voluntad, para los ejercicios y la concentración. Este es un compañero admirable, disciplinado y recto.

Miramos para la puerta enrejada, pues sentimos pasos. Ya viene el custodio con el preso que trae la lata con el desayuno. Él deja el ejercicio: hay que



repartir el café con leche. Vamos a ver quiénes son los que quieren hoy, pues casi siempre se va la lata igual que como viene. Lo mismo sucede con el almuerzo y la comida, porque lo más malo nos lo dan a nosotros, y se hacen ricos con la dieta de los presos. Lo único que se puede comer es la vianda hervida, pues el arroz trae gorgojos y gusanos, los frijoles son duros y con piedras, y la carne, cuando toca, es más pellejo que carne.

En los primeros momentos había más concurrentes, pero ahora casi nadie. Solo cogen el panecito del almuerzo para ponerle guayaba y queso de los que tenemos en la cooperativa. Al café con leche le echaban un poco de leche condensada, pero ya ni eso. En el almuerzo y la comida está sucediendo igual, y muchas veces reforzamos la alimentación con la cooperativa. Cogemos la carne, le quitamos los pellejos, la lavamos y recocinamos, preparamos una salsa y ya. Cuando traen vianda hervida, hacemos un mojo refrito con aceite, ajo y cebolla, se lo echamos y así vamos tirando.

Han llegado cartas. Me acerco al que las recibió y las reparte, pero para mí no hay nada. Otros compañeros han recibido dos o tres, de la novia, de la mujer, de la hermana, de amigos, de los padres o de los hijos. ¡Se ven contentos!

Me pregunto cómo pueden unas letras proporcionar tanta alegría a una persona. Disfrutan una carta como si en realidad estuviesen junto a quien la escribe, y me imagino que, como yo, hasta escuchan su voz. En la cárcel, en el exilio o en el hospital, las cartas traen la misma o parecida alegría. ¡Son tan reconfortantes unas letras o una visita en la cárcel o en el hospital! En el exilio, don-

de se hacen difíciles las visitas, recibir unas líneas es de las cosas que más se aprecian. Aquí hay compañeros que cuando no reciben carta se les unen el piso y el techo. Se tumban sobre sus colombinas, y quién sabe cuántas cosas pasan por sus mentes. A otros les da por caminar pasillo arriba y pasillo abajo, tanto que si lo hicieran sobre tierra abrirían un surco hasta las rodillas. Nosotros decimos una frase generalizada en la cárcel:

-Este tiene el "síquico".

Y cuando alguien se encuentra así es mejor hasta evitar hablarle.

Otros toman las cosas con más calma, ven la vida con otro prisma. Es cuestión de temperamento. También los hay afortunados que no pueden quejarse, pues reciben cartas de amigos, parientes y arientes. Yo me encuentro entre estos, aunque no recibo cartas de la novia, que se mantiene enojada. Porque la vida de un revolucionario es dura, nunca dice a dónde va, con quién está o por dónde anda, y esto son pocas las mujeres que pueden resistirlo, solo las que son compañeras de lucha, y entonces los riesgos son mayores para los dos. Una novia que sienta y piense como uno es lo ideal.

A falta de este sentimiento amoroso, yo me dedico a escribir a cuanto nombre, apellido y dirección de amigo o amiga me acuerdo, y recibo muchas cartas, pero hoy no, hoy no. Por eso me preparo para dar un espectáculo artístico como fonomímico por la noche. Son representaciones para los tristes, los alegres y los del síquico también, pues aunque ellos no quieran participar, tienen que oír o ver el espectáculo por lo reducido del espacio en la galera que ocupamos. Se reirán de algún chiste, y

así olvidarán momentáneamente sus apremiantes preocupaciones. La risa es como un contagio, pues cuando sale con gusto y fuerza es muy difícil abstraerse de ella, por preocupado que se esté. Si uno se siente envuelto por la agudeza y la originalidad del chiste o el cuento bien hecho, en el que se une el pensamiento con la acción y los gestos, ya se suelta la risa.

Hay momentos en que la distracción es una necesidad vital, como ahora en prisión o cuando se tiene una novedad familiar, una contrariedad personal o un problema cuya solución tarda. El encierro es un infierno, un verdadero infierno, los días son negros.

Bueno, días negros no, días malos. A un racista o a un fatalista lo primero que se le ocurre decir es que el día lo tiene negro. Tenemos que reconocer que se ha hecho un hábito decir que todo lo malo es negro. Negros son los nubarrones, negra es la suerte cuando no favorece el deseo de la gente, negra es el alma cuando se tienen malos sentimientos. En todas las expresiones, las cosas desagradables se dice que son negras. El día puede ser gris, verde o azul, pero ¿por qué negro? Y al final, cuando una persona negra es agradable, atenta, como hay millones en Cuba, entonces dicen: "¡Qué lástima que sea negro!" o que "ese negro tiene el alma blanca". La discriminación por el color de la piel hace sentirse inferior, hasta atemoriza a la persona negra, la inhibe, la inmoviliza de tal manera que la cohibe para actuar y demostrar sus conocimientos, sus posibilidades, su verdadero valer.

Aquí, entre mis compañeros, no he sentido el color de mi piel. Pero en la calle y afuera de esta misma galera, en el penal, siempre tratan de recordármelo. Lo he sufrido, pero no me ha dolido. Me preparo para luchar y que esto llegue a su fin algún día. Dedicaré mis fuerzas a ello en primerísimo orden, porque de otra manera los negros en este país no seremos nunca personas en igualdad de condiciones. Esto hay que combatirlo, hay que cambiarlo, porque está dentro de este sistema oprobioso, en sus estructuras, tradiciones y herencia; dentro de las costumbres y las normas económicas y sociales. ¿Cómo será el cambio? No sé. Algo sí tengo bien claro cada día más: hay que cambiarlo todo a cualquier precio, incluso el de la vida.

Mientras los negros no tengan acceso a la cultura, a la educación, a trabajos mejor remunerados, no a los peor pagados como ahora: constructores, cañeros, recogedores de cosechas, barrenderos, limpiabotas, vendedores de periódicos, todo lo que al blanco no le gusta hacer y solo hace por necesidad; mientras los negros no tengan acceso a los institutos y universidades por problemas económicos y por su color, nos seguirá la desagradable tradición de nuestros antepasados esclavos, nuestros abuelos analfabetos, nuestros padres con solo tercer o cuarto grado, salvo excepciones; nos mantendremos en un círculo vicioso, sin poder avanzar hacia carreras universitarias, la mayoría se quedará en los primeros grados, contados en la secundaria, poquísimos en los institutos y cantidades insignificantes en la universidad. Sin cambio no habrá progreso, no se podrá marchar adelante. Hay que romper las cadenas que nos atan a la tradición y al pasado.

Ya se acabó la época de la esclavitud, aquella en que se vendían las propiedades con su dotación de esclavos clasificados por su origen, edad y oficio, oscilando su precio según su fortaleza o desgaste físico, destreza en el oficio, y el de las mujeres, además, por sus posibilidades para la procreación. En aquellos documentos de venta, las conocidas escrituras públicas, se detallaban las edificaciones, las tierras, los animales, enseres y útiles de labor, la dotación de esclavos y de asiáticos, todo con su precio. Un negro de veinticinco años costaba mil cuatrocientos pesos, los recién nacidos los tasaban a cien pesos y los ya mayores, con más de cincuenta años -eran pocos los que llegaban a esa edad-, iban sin precio, regalados. Para los esclavistas, sus propiedades eran eso: la tierra, las instalaciones, los animales y los esclavos; estas eran sus cosas.

Recuerdo haber leído unos documentos originales del siglo XIX. En uno se describía la venta de una esclava a un mayor precio por "llevar un moreno en su seno"; otro era una reclamación de pago por el alquiler de esclavos; pero el que más he retenido en mis recuerdos es una solicitud dirigida al arzobispo por una esclavista, dueña de un ingenio azucarero, para que le concediera permiso de enterrar los esclavos en un cementerio que ella había mandado a construir cuando hubo una epidemia; alegaba que de esta forma se evitaría los perjuicios que le ocasionaba emplear a varios esclavos en trasladar los cadáveres hasta el cementerio del pueblo cercano, con lo que perdían varios días de trabajo, y hacía patente su firme compromiso de abonar los derechos parroquiales.

Ya todo esto quedó en la historia, pues la guerra del 68 se libró, entre otras causas, para abolir la esclavitud. Ahora hay que luchar por otras cosas y para eso nos preparamos.

Miro las rejas que nos impiden la salida. Así de fuertes, como empotrados en hormigón, están arraigados en la gente los prejuicios raciales. Destruirlos no será fácil, como no es fácil nada que sea importante en la vida. La vida es sacrificio. Sacrificio es lucha, es combate, es quedar con vida y lograr los objetivos. Al final, estos se alcanzan; pero no hay lucha fácil. La historia dejará entonces estos hechos en el pasado. Hay que pensar y actuar; mirar el camino, pero también el horizonte. Hay que ser a la vez realista y soñador, sin doblegarse jamás ante las dificultades.

Hemos salido al patio a ver un fuego en la loma del fondo. Desde un extremo vemos la cresta de la Sierra Caballos, que así le llaman. Parece el lomo de una iguana.

Se siente un calor irritante, de ese que llaman "aplomado". No sé por qué le dirán así, quizás sea por el peso con que se siente. Desde aquí vemos a los presos apagando el fuego, por eso debe ser que sentimos más calor. No moriremos quemados, pero quizás sí asfixiados.

Allá arriba, la vegetación es como una gran manigua, se ven palmas barrigonas y guano prieto. Dicen que hay muchas cotorras que hacen sus nidos en las palmas barrigonas. Por lo menos se lucha por apagar el fuego. Así se salvan la flora y la fauna.

Un día gano el primer lugar en oratoria -expresión, dicción, voz y exposición-. Con tal motivo

me corresponde hacer el panegírico de los ocho estudiantes de medicina fusilados el 27 de noviembre de 1871.

Este horrendo crimen no fue un hecho aislado del régimen colonial. Fue una reacción soberbia del odio anticubano que lo llevó a ensañarse en aquellos inocentes, ante el auge tomado por la lucha insurreccional iniciada el 10 de Octubre de 1868, pretendiendo así apagar el espíritu de rebeldía de nuestros estudiantes. Cuán lejos estaban de saber que ese infame asesinato se convertiría en bandera de lucha del estudiantado por una patria libre como la soñó Martí, y que esta fecha devendría un símbolo de patriotismo y rebeldía, y quedaría registrada en la historia para alentar propósitos como los que nos llevaron a nosotros a la acción del Moncada, por librar a este país de la tiranía que lo oprime y saquea.

Me preparo buscando datos en nuestra pequeña biblioteca, y con el poema de José Martí "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre" organizo mi discurso y me dispongo para el día del acto.

Este llega al fin, aunque parecía que no iba a llegar nunca. El tema ya casi me lo sé, pues de tanto repasarlo me lo he aprendido de memoria. El acto será a las ocho de la noche, en el extremo del pabellón. Colocamos los ocho bancos largos de la mesa de comer, que también sirve de mesa de estudio. A medida que se acerca la hora del acto me voy sintiendo preocupado y me digo: "¿Por qué esa preocupación, si todo lo tengo bien ordenado? Primero, un recuento pomenorizado de la época; después, cómo ocurrieron los acontecimientos

que derivaron en el fusilamiento; finalmente, un fragmento del poema de José Martí” .

Pensando esto, me calmo. Entre preocupaciones y calma llega el momento del discurso. Todos ocupan sus asientos. Me paro para hablar. Le pido permiso a Fidel para comenzar:

-En el día de hoy, 27 de noviembre, conmemoraremos la muerte de los ocho estudiantes de medicina, y un día como hoy, 27 también, fueron asesinados por la tiranía un puñado de jóvenes cubanos en Santiago de Cuba y Bayamo, al otro día del ataque a los cuarteles Moncada y Céspedes. Un día como hoy...

Entonces me quedo en blanco, miro a mis compañeros, que me parece que se mueven como si estuvieran sentados sobre las olas del mar, y todo empieza a darme vueltas. Esto ocurre en fracciones de segundos o minutos, no sé qué tiempo dura. Logro controlarme como si todo lo colocara en su lugar nuevamente. Miro a Fidel y le digo:

-No puedo, no puedo...

-Sigue, sigue -me dice él.

Pero no puedo y voy a sentarme. Él tiene que hacer el panegírico de los estudiantes.

Termina el pequeño acto, y todos me miran con conmiseración. Se derrumbó allí mi título de orador, que solo duró los días y las horas anteriores al acto.

Después, por la noche, solo recuerdo los estudiantes. Sin saber por qué, me viene a la mente la marcha de las antorchas, desde la universidad hasta la Fragua Martiana, cuando, desafiando todas las amenazas de la tiranía y la policía, nos fuimos concentrando en la Plaza Cadenas de la universi-





Marcha de la antorchas organizada por los estudiantes de la universidad de La Habana en homenaje al centenario del natalicio de José Martí, 28 de enero de 1953

dad citados por Fidel y bajo su dirección. Un mar de jóvenes bajamos la escalinata hasta la calle, dispuestos a convertirnos en un maremoto humano para arrasar cuanto se opusiera a nuestro paso. Todo se cumplió de acuerdo con lo planeado.

Antes del 10 de marzo, la situación económica, política y social de Cuba se caracterizaba por un incondicional sometimiento a los Estados Unidos de Norteamérica, la corrupción administrativa, la gente sin trabajo, los sindicatos disueltos y otros en manos de los gánsters, después de asesinar a dirigentes obreros y estudiantes; desalojos campesinos, persecución, robo al tesoro público y muchos otros males.

Próximas ya las elecciones presidenciales, el tirano dio el golpe de Estado, a sabiendas de que en ellas triunfaría el Partido Ortodoxo, de gran arraigo popular, con su consigna de "Vergüenza contra dinero", su compromiso con el pueblo de buscar los caminos de justicia que el Partido Auténtico había olvidado. El golpe de Estado fue organizado, dirigido y llevado a cabo con la participación de la embajada norteamericana, militares y civiles.

Ante aquella situación, qué hacer y cómo hacerlo era el problema de muchos, de cientos de miles de cubanos. El golpe de Estado era anticonstitucional y requería que nos agrupáramos para salirle al paso. Pero cómo agruparnos, con quién, me preguntaba yo.

Opinaba que ese era el pensamiento de muchos jóvenes en aquellos días. Atacar a la tiranía, poderosa y fuerte, con sus cuerpos armados, aviones, tanques, no era fácil. Otra vez habría que repetir la frase del Mayor cuando le preguntaron con qué

contaba para continuar la guerra y respondió: "Con la vergüenza de los cubanos". La vergüenza había sido también la consigna de la ortodoxia. Esta parece ser, con la fe ilimitada en el pueblo, el arma primera que mueve a los cubanos y que hará estremecer, hasta su desplome, los pilares en que se asienta esta odiosa tiranía.

Todavía en penumbras, miro la hora: las seis de la mañana. Suena la diana. Se oye y se ve al guardia que abre el candado de la reja, suena las llaves, después el habitual chirriar de la puerta. Entra y en voz alta dice: "¡Atención! ¡Recuento!".

Todos nos quedamos acostados, ya no nos pondremos más de pie para que nos cuenten en las mañanas, a partir de ahora tendrán que hacerlo con nosotros en las colombinas. En la tarde, cuando vayamos entrando en la galera. Así será desde ahora.

Hoy tenemos visita. En estos encuentros con familiares y amigos, sacamos los mensajes con su ayuda, en los tabacos, en las cajas de fósforos y cigarros, que es lo que nos permiten llevar. Nos registran, abren las cajas, rompen los cigarros... nada. Los tabacos, como los llevamos encendidos momentáneamente, ni se preocupan de mirarlos. Así nos registran uno a uno. Después dice el hombre de los espejuelos oscuros: "¡En marcha!".

En el salón de visitas hay unos tabiques divisorios de madera, cedro o caoba, bien hechos, barnizados de color nogal. Nos llegan a la altura de los hombros o la barbilla, según el tamaño de cada cual. Hay banquitos de la misma madera y color de lado y lado, todos de igual tamaño, con cubierta redonda y reforzamiento entre las cuatro patas,

donde pueden ponerse los pies. Los pisos son de mármol gris pulido, bien brillosos.

Ahora conversamos con los familiares, fumamos. Ponemos los tabacos, las cajas de cigarros y fósforos sobre el tabique, las intercambiamos y así salen los mensajes.

A esta visita acude toda mi familia, entre padres, hermanos y amigos. Mis hermanas mayores sacan a otros compañeros que no tienen visitantes. Uno, porque la madre está en el extranjero; otro, porque la abuela no pudo venir. Para sacarlos, las familias se ponen de acuerdo, pero por ser la mía la más numerosa sacan a más. En esta ocasión vienen nuestros tres amigos del barrio: con Ventura<sup>32</sup> trabajaba en la albañilería, con Andrés,<sup>33</sup> como cabillero, y con Fico, porque me llevaba con él cada vez que lograba un ajuste de obra. Este último se fracturó una pierna por mi causa, cuando traté de ensayar con él mis conocimientos de defensa personal, aprendidos en el Salón de los Mártires de la universidad. Le mostré una llave y otra, pero en la tercera demostración lo pasé por arriba del hombro, cayó mal y se fracturó la pierna. Tres meses duró la recuperación, tres meses sin trabajo. Fueron meses duros para él, que ganaba un buen jornal como carpintero de encofrado y tenía una familia numerosa. Todo el tiempo estuvo acostado en una cama o sentado en un sillón. Cuando en esos días iba a visitarlo, se me caía la cara de vergüenza ante sus familiares, me sentía el gran culpable.

Estos tres compañeros conocían las actividades clandestinas de Mestre y mías, las respetaban y nos protegían. Por eso, verlos llegar al presidio nos da una gran alegría. Ellos sienten verdadero respe-

to por mis compañeros de lucha y por nosotros. Nos fundimos en un fuerte abrazo entre los cinco. Al rato surgen los relatos del reparto Poey. En voz baja narran lo ocurrido en nuestra ausencia, recuerdos y sucesos de los amigos y de las amigas, de los casados y de las casadas. Ahora, una sorpresa: uno de ellos me dice que mi ex novia se casó. No pregunto con quién. Otro explica que no es del barrio. Solo digo:

-¡Bueno, se casó con su futuro! Lo encontré y lo cumplió.

Me traen una carta de ella, pero no la acepto.

-Díganle que no quise ni abrirla.

Y ya, no hablo más del asunto. Continuamos conversando de otras cosas, pero ya no oigo nada de la conversación, solo un ruido grande en toda la sala hasta que suenan las palmadas que ponen fin a la visita.

En el pasillo, antes de montar al ómnibus para regresar a la galera, me entregan la libreta de control de depósitos. Observo en ella anotada una suma de dinero depositada en la caja del penal. Me han dejado una donación. Me emociono y me sonrojo, porque sé cuántos sacrificios significa esto para ellos. Por el camino me digo que nada pasa sin dejar huellas, siento pena cuando tengo que dar las gracias, porque pienso que es un sentimiento que no debe expresarse, debe quedar solo en el corazón agradecido de la persona, y nada más.

Hace días, un grupo de religiosos que visitan con frecuencia el penal pidieron entrevistarse con nosotros. La visita fue aceptada. Unos curas y unas monjas. Al margen del propósito de ellos, aprovechamos la oportunidad para hacerles conocer muchos

detalles sobre los asesinatos que se cometieron en Santiago de Cuba y Bayamo con nuestros hermanos de lucha. Los religiosos hablaron, ofrecieron misa, regalaron estampas, *detentes* y medallas. Ver esas personas aquí entre nosotros, en nuestro patio y pasillos haciendo sus oficios religiosos, fue asombroso y agradable.

Establecí conversación con una de las monjas. Le pregunté cómo estaban las cosas afuera, insistí en conocer las opiniones en la calle sobre el ataque a los cuarteles Moncada y Céspedes, el juicio, nuestro traslado a esta prisión. A cada pregunta la respuesta era vaga o ajena al asunto. Muy afable sonrió, y en un momento de la conversación dijo:

-Mira, hijo, nosotros solo nos ocupamos de las cosas de Dios.

-Madre -le respondí-, Dios está en el cielo y hay cosas que suceden aquí en la tierra que él no las sabe, pero usted sí.

-No, hijo. Dios lo sabe todo.

-Si él sabe todas las cosas que suceden en la tierra, podría decime a través suyo cuándo será derrocado el tirano o si su tiranía durará mucho, si saldremos pronto o estaremos presos largo tiempo, si tendremos que cumplir la sentencia hasta el final.

-Yo me ocupo de las cosas de Dios aquí en la tierra -respondió-, pero no me atrevería a hacerle esas preguntas. A mí no me está permitido hablarle de esas cosas terrenales.

-Entonces, tampoco puede decirle cuánta miseria, cuánta pobreza, cuánta desigualdad, cuánto crimen, cuánto racismo hay y se comete en la tierra. ¿Usted no le ha hecho nunca esas preguntas a Dios? ¿Cree usted que él se ofendería? Si usted



Durante la visita de los religiosos. De izquierda a derecha, arriba: René bedia Morales, Armando Mestre Martinez, Orlando Cortés Gallardo, Agustin Díaz Cartaya, José Ponce Díaz, Jesús Montané Oropeza, Fidel Castro Ruz, Ramiro Valdéz Menéndez, Gabriel Gil Alonso, Eduardo Montano Benitez y Francisco González Hernández; debajo, de pie: Pedro Miret Prieto; sentados: una de las monjas , Ciro Redondo García Armando Mestre Martínez, Enrique Cámara Pérez, Gabriel Gil Alonso, Raul Castro Ruz y otros compañeros.



quisiera preguntarle a él y me contestara para complacer este deseo de un terrenal...

-Nuestra misión -respondió entonces- es traer la paz a los espíritus atribulados.

-Nosotros, madre, no tenemos el espíritu atribulado. Nosotros lo que estamos es reprimidos entre estas cuatro paredes enrejadas. Dios no podrá borrar nuestras ideas de libertad para nuestro pueblo, mientras el tirano esté ahí; no podrá cambiar nuestro pensamiento. ¿De qué orden son ustedes?

-Somos Hijas de la Caridad.

-¿Son muchas en esa orden?

-Sí, muchas.

-Usted tiene acento extranjero -le dije.

-Sí, pero soy cubana.

Era una mujer de unos cuarenta años, de mediana estatura, rostro redondo, ojos azules profundos, devotos, firmes y religiosos. La toca blanca no permitía ver más, unida al monjil negro que abarcaba hasta los zapatos, con amplias mangas que solo dejaban escapar unas manos finas, como sus dedos, hechos al bordado y para señalar o cruzarlos para persignarse. Sostenía un rosario de cuentas negras que pendía del cuello y tenía una cruz con la efigie de Jesucristo. Esta era plateada, sin limpiar, con solo el brillo que le daban los dedos al pasar sobre ella. Lo movía hacia adelante y hacia atrás, lo tocaba con gran devoción, como persona que ha abrazado la fe para siempre, igual que los revolucionarios abrazan el ideal por el que luchan y mueren aferrados a su causa, como tantos ejemplos que recoge la historia. Y no solo de los revolucionarios, sino también de los científicos, médicos, ingenieros, artistas, escultores, poetas,



escritores: todos los que inician un camino, al cual se entregan, lo hacen su sacerdocio y mueren por sus ideas.

Ahí quedó la conversación. Le di las gracias. Recogieron la mesita que habían puesto como confesionario, por si alguien quería usarla. El vigilante que cuidaba su estancia entre nosotros les abrió la reja y se marcharon. Parecían entre apenados y contentos de habernos visitado.

-Tan jóvenes, ya han tomado el camino del sacrificio -dijo ella.

El primer 24 de diciembre, Fidel nos anuncia que vamos a hacer una huelga de hambre en recordación a los caídos en el Moncada y Bayamo. Nos negamos rotundamente a comer y a que nos dejen los alimentos. De la dirección del penal, alarmados, nos vienen a ver para conocer cuál es la razón por la que un día como este, de tradición en nuestro país, nosotros no queremos ingerir alimentos. Nos preguntan si estamos en huelga de hambre. Respondemos que no, que queremos tener un día de ayuno, pues eso es bueno para la salud.

Se marchan incómodos, seguidos por los presos que llevan las latas con la comida, hoy con mejor menú.

Un compañero llega a la cooperativa, pide un poco de azúcar, la coge de una lata, la echa en las botas, se las pone, regresa medio cojeando a su cama y se acuesta con ellas puestas. Cuando lo veo cojeando le pregunto:

-¿Y eso?

-Azúcar -me dice.

-¿Azúcar?

-Sí, para durar unos días más y poder contar lo ocurrido cuando todos ustedes estén muertos -me responde, haciéndome reír de la ocurrencia.

-Conque prolongándote la vida, ¿eh? -le digo.

-La vida no, los días. Ahora tomo bastante agua, me acuesto tranquilo, no hablo, ante cualquier pregunta solo muevo la cabeza, y procediendo así tengo que durar más que ustedes. Entonces lo cuento todo, tal como fueron los hechos, y muero después.

-Estupendo -le digo.

Acostado, desde la altura de la colombina veo la puerta de hierro, el cerrojo, el candado, los 13 barrotes fijos, los ocho que se mueven con la puerta. Al frente, una de las columnas parte en dos pedazos la porción del cielo que queda a mi vista. Como la mayoría de las veces, está estrellado, es como si en él nada cambiara. Cuánto siento no haber estudiado astronomía para poder dedicarme a identificar las estrellas, sus constelaciones, confrontar en los libros; sin apuro, pues ¡no habría por qué! En las noches, este sería mi puesto de observación, me conseguiría unos prismáticos o un telescopio, un trípode para apoyarlo y hacer mis anotaciones.

Ahora pasa raudo un pájaro, trina; se ha quedado separado de la bandada. ¡Qué extraño, volando tan tarde! Algo le ha sucedido, pues eso no suele ocurrir con frecuencia. Aunque como vuela tan rápido no debe de haberle ocurrido nada en las alas.

Vuelvo a mi observación, cuento las tres ventanas para la izquierda y las tres para la derecha. Miro la cama de mi compañero, me incorporo, me siento. Desde aquí veo por dos ventanas de la galería, a mi izquierda, la silueta contra el cielo de

parte de la Sierra de Caballos. No puedo negar que tengo un sitio privilegiado, una posición estupenda, y además de vigía.

Me acuesto de nuevo. Aquí los mosquitos son grandes, zancudos, trompudos. Penetran, burlan el mosquitero y pican. Se ponen barrigones de tanta sangre que chupan, se quedan medio tontos, casi no pueden volar y los mato con facilidad. Pero ya han hecho la transfusión y posiblemente han dejado inoculada una infección, que ojalá no sea fiebre palúdica. Sería lo único que me faltaba.

Pero no logro conciliar el sueño. En la cama a mi derecha, Mestre, todo bondad, que no sabe negarse a nada y a todo da respuesta con amabilidad y cariño. Veo que se mueve.

-Mestre, ¿qué haces?

-Estoy leyendo.

-¿Qué lees?

-La *Divina comedia*.

-¿Por dónde vas?

-Por el quinto círculo del infierno, donde Dante y su guía Virgilio se encuentran con las irascibles Tres Furias.

-Al infierno Beatriz no lo acompaña. Lo espera en el paraíso...

Se ríe y le digo:

-Esos círculos del infierno son interminables. Yo estoy leyendo ahora *La odisea*, el pasaje donde Ulises y sus hombres se amarran a los mástiles del barco para no dejarse atraer por el bello canto de las sirenas. Bueno, voy a dormir.

Ha transcurrido un día más en presidio y queda uno menos por cumplir. Cierro el libro, saco la ca-

beza fuera del mosquitero, pongo el libro en la mesita y le digo a Mestre:

-Mañana hay que levantarse temprano, pues nos toca limpiar.

Aquí hay que limpiar dos veces al día, a veces tres, y todo está limpio y brillante, pues como no hay muchachos, nadie ensucia.

Sí, hoy nos toca la limpieza de la galera. Corresponde siempre a dos compañeros, como también hay dos para el servicio del comedor. Así cada uno atiende alguna responsabilidad, independientemente de otra que pueda tener como profesor, barbero, encargado de la cooperativa, cuartelero. Ya prácticamente hemos terminado y nos disponemos a limpiar el mármol sobre el cual se encuentra la cocinita eléctrica, al final de la galera, cuando escuchamos por los altoparlantes una música como de marchas militares.

-¡Oye, oye! -digo.

Subo a la plancha de mármol para ver por la ventana, embutiéndome casi en el hueco. Logro distinguir un grupo de personas que caminan por la calle hacia nuestro pabellón. Entre ellos, al centro, me parece distinguir al tirano. Me digo: "No, no, no puede ser".

Otra vez trato de mirar bien, a pesar de que los barrotes lo dificultan. Pero ya estoy bien seguro, convencido de que es él, con un traje blanco, de dril por lo estirado que se ve, camisa blanca y corbata azul. ¡Es el tirano que visita el presidio!

Bajo y voy hacia Fidel, que se encuentra leyendo, mientras camina de un lado para otro. Me acerco y le digo:

-Fidel, ahí está el tirano.

Me contesta con cierta sorpresa:

-¡No me digas!

Llama de inmediato a los demás. Ya todos reunidos a su alrededor, nos dice:

-Hay que hacer algo.

Pero ¿qué hacer con tan poco tiempo?

-Sigue tú observando -me señala-, mientras los otros mirarán por las demás ventanas.

Continúa la interrogante: ¿qué podremos hacer entre rejas? Después de deliberar, acordamos cantar la *Marcha del 26 de Julio* cuando se acerque y gritarle "¡Asesino!". Eso, eso haremos. Será nuestro saludo, la marcha y gritarle "¡Asesino!". Así queda acordado.

Afuera, el grupo comienza de nuevo a moverse después de una breve parada. Desde mi puesto de observación, aviso:

-¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Fidel dice:

-¡Prepárense todos! Avisa cuando se acerquen a la ventana -me señala.

Cuando llegan a tiro de piedra, grito:

-¡Ya, ya, ya está aquí!

Empezamos a entonar la marcha. Al principio, el tirano tal vez piensa que es una loa a su persona, porque la *Marcha del 26 de Julio* comienza: "Marchando vamos hacia un ideal". Su rostro, hasta ese punto, todavía es normal. Pero cuando cantamos la parte que dice: "la sangre que en Oriente se derramó, nosotros no debemos de olvidar...", su faz comienza a desfigurarse en una mueca. Cuando llegamos a "tiranos insaciables que a Cuba han hundido en el mal", y lo acompañamos de gritos de "¡Asesino, asesino!", no puede más, se pone amarillo de rabia. No concibe que a través de estos

barrotes pueda recibir tal andanada de verdades, es como si saliesen voces de una tumba, porque aquí nos han arrojado para que nadie sepa más de nosotros, al menos en diez o quince años.

Ahora escucha las voces que reafirman nuestra existencia, que proclaman nuestra permanente militancia, fimes e inclaudicables en los principios, combativos, sin importarnos las medidas que puedan tomar contra nosotros. Es un gesto de desafío, de que no tememos al régimen de oprobio, torturas y asesinatos que él representa y dirige. Desde aquí, aunque indefensos materialmente, lo retamos. No nos importa morir en sus mazmorras, ni los maltratos ni la ley de fuga. Lo retamos, arriesgando todo lo poco de que disponemos: visitas, cartas, juegos, salidas al patio y hasta el sol que recibimos. Aun así lo retamos con nuestra arma más fuerte: nuestra moral y nuestro himno de combate.

El tirano vino por lana y salió trasquilado, como antes le ha pasado en otros lugares, gracias a la toma de conciencia de nuestro pueblo. Era imposible que este sátrapa saliese electo presidente de la República en 1952, año en que se celebrarían las elecciones. Por eso dio el golpe de Estado, única forma de volver a llegar al poder para enriquecerse de nuevo. Aquí llegó con una sonrisa en los labios, vanidoso, poseído, y sale con una mueca. Nunca le habían gritado tirano y asesino en su cara, delante de sus acólitos. Sus oídos, acostumbrados al halago, se negaban a oír esos adjetivos, así, a la cara. Pero fueron dichos y habría consecuencias.

Nos ponemos en guardia, tomamos todas las medidas para resistir cualquier represalia de la dirección del penal, que esperamos se desate, aunque vemos una actitud tranquila, que el tirano

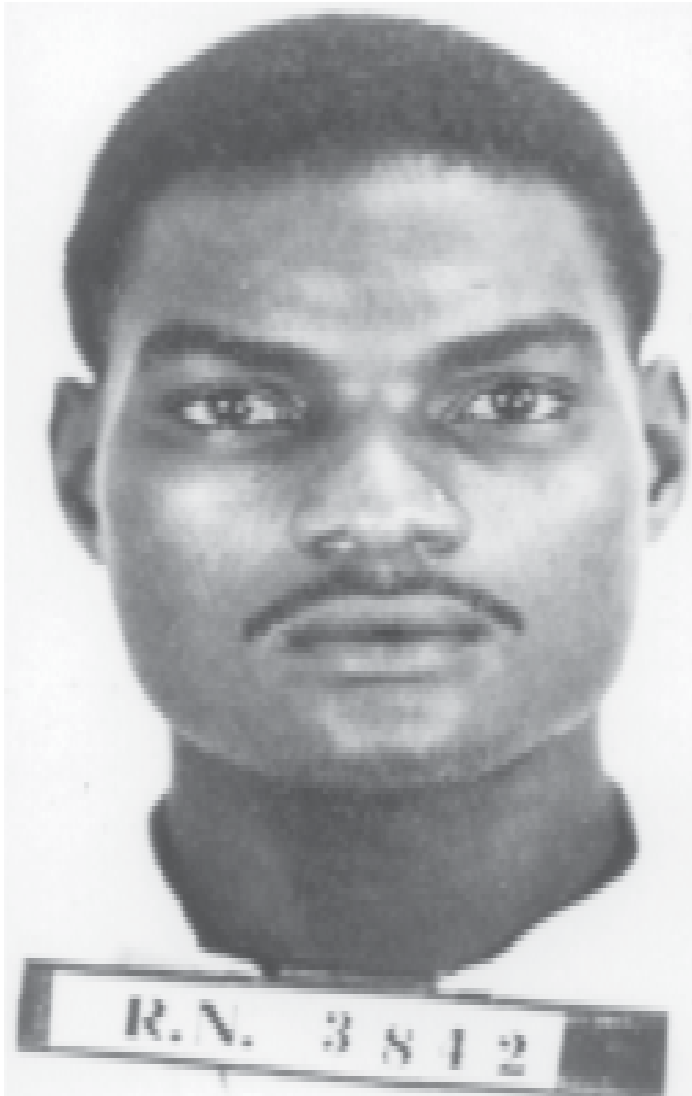
obliga a adoptar a los que caminan junto a él, cuando se mueven entre sorprendidos e incómodos. El tirano, con los brazos y las manos extendidos, les indica tener calma, calma, mientras sus testaferrros, con manifiesta furia, miran hacia las ventanas de nuestro pabellón. Llenamos de agua las vasijas, colocamos las camas contra la puerta de entrada de nuestra galera y montamos guardia toda la noche.

Nada ocurre, todo se mantiene tranquilo. El segundo día, igual. Al tercero ya todo es normal. La vida toma nuevamente su curso.

Al cuarto día, llega el oficial de espejuelos oscuros con una lista, anuncia los nombres de los compañeros que tienen visita de sus familiares y les dice que se arreglen, que pasará en media hora a recogerlos. Los compañeros se bañan, se afeitan, se cambian de ropa, salen al patio con rapidez y marchan con el oficial. ¡Qué ajenos están a que ahora se va a materializar el castigo por haber cantado la marcha y haberle gritado "¡Asesino!" al tirano!

Son castigados los cinco nombrados en la lista, Fidel y los que estiman más responsables. Por supuesto, no falta Cartaya,<sup>34</sup> el compositor de la marcha, lo que conocían por sus cartas, con quien se ensañan a palos. Por la madrugada lo conducen a una celda solitaria y lo golpean brutalmente hasta dejarlo inconsciente. Ni en los peores años del machadato se cometió una injusticia y un abuso así. A Fidel lo encierran y lo separan de nosotros. Los demás, Ramirito,<sup>35</sup> Tizol,<sup>36</sup> Tápanes y Alcalde, son encerrados en celdas individuales y maltratados moral y físicamente.

El oficial de espejuelos oscuros, los esbirros y sus secuaces se encargan de cumplimentar el castigo ordenado. Este oficial es autoritario, enérgico



Fichamiento de Agustín Díaz Cartaya en el Presidio modelo de Isla de Pinos



e impositivo, con esa autoridad que da el miedo cuando se han cometido abusos o se tiene la aureola de haber hecho mucho daño. Es alto, flaco, y detrás de sus espejuelos oscuros oculta sus ojos con la maldad de sus sentimientos. Ladino y ruin, unas veces aparenta bondad y otras hace su triste papel de hiena, que se alimenta de la sangre que brota de las llagas producidas por los latigazos y palos que ordena dar a los reclusos. Mayoral de presidio, recibe las órdenes de sus superiores, pero él goza cumpliéndolas. Lleva encima los instrumentos de represión, justamente como los mayores: revólver a la cintura y fusta doblada en el bolsillo posterior del pantalón, para ganarse la repulsa y el odio de todos en aquel penal. ¡Qué ladinos! ¡Cómo esperaron el domingo, día de visitas, para tomar su venganza y que la llamada de los compañeros nos pareciera normal!

Noto que es menor el ruido de la planta eléctrica, que nos acompaña mañana, tarde y noche. Debe ser porque sustituyeron la vieja por la nueva inaugurada. También ahora falla menos la corriente y alumbran con más intensidad los bombillos.

Sin el jefe, en los primeros momentos perdemos la iniciativa a causa de la sorpresa. Sin conocer su verdadero destino nos quedamos a la espera, sin saber si regresará o no, si demorará horas o días. La separación se va confirmando con la falta de noticias.

Entonces se crea una dirección del grupo que todos acatamos y respetamos. Nos suspenden las visitas, las cartas y las salidas al patio. Retiran el radio, el ajedrez, la pelota y la net. Solo podemos

salir al pasillo, donde se encuentran la mesa y los bancos.

Pasados quince días, los encerrados en las celdas vuelven sin color, el negro cenizo y los blancos amarillos; todos flacos, hambrientos, casi sin fuerzas para caminar. El color adquirido anteriormente con el sol, lo perdieron a la sombra. Fidel no regresa más junto a nosotros, y nos informan que está solo en un pabellón contiguo al nuestro.

-¡Atención! ¡Recuento!

En esta ocasión es para requisa. Todos tenemos que colocarnos delante de la colombina. Nos registran las pertenencias, la maleta, la mesita que está al lado de la cama, debajo de la colchoneta, la almohada, los libros que tenemos cerca, a nosotros mismos y, por último, los baños; todos los rincones que les resultan sospechosos, y hasta hacen un pase con un hierro a los barrotes de las ventanas y las puertas, para según su sonido detectar si están picados. Al frente de los requisadores viene el oficial alto, flaco, de los espejuelos oscuros. Ya en la puerta de salida, él y los otros que lo acompañan ordenan:

-¡A continuar!

Se rompe la formación y cada cual va a arreglar sus cosas, que han dejado desordenadas, regadas, sin haber encontrado lo que buscaban, pues tenían conocimiento de que de allí estaban saliendo mensajes. Rebuscaron en los libros, las libretas, en cualquier papel, pero no encontraron nada, pues la mayoría de los escritos salen con tinta invisible hecha con jugo de limón. Una vez más se marchan defraudados, como siempre después de cada requisa.

Me despierto con un terrible dolor de muelas. Tenemos nombrado un sanitario, Tizol, que atiende nuestro botiquín y administra los medicamentos, pero hoy no hay ni una aspirina. Llamo al custodio, pues todavía no han abierto la puerta de la galera. Le pido que venga el enfermero con alguna pastilla para aliviarme el dolor. Dice que debo esperar, ya que en la enfermería no hay nadie a esta hora.

Camino galera arriba y galera abajo, siento muy fuertes latidos en la encía que parece me estremecen la cabeza. Decido irme a la cama, para ver si así soporto mejor el dolor. Tengo recogido el mosquitero en la cruceta de la cabecera. Vuelvo a tenderlo. Me acuesto.

Por fin amanece completamente. Los rayos del sol iluminan con fuerza el patio y su resplandor opaca la luz de los bombillos en la galera. El custodio, ahora acompañado del enfermero, me llama. Abre la puerta de hierro y salgo. Cruzamos el patio, abren la segunda reja, la tercera. Ahora pasamos cerca de donde tienen a Fidel. Si pudiera decirle algo, saludarlo. Lo tienen tapiado, solo aire le entra. Al pasar la cuarta reja, salimos afuera del pabellón. Doblamos hacia la derecha y bordeamos el edificio por una acera de pedazos de mármol sin pulir unidos con una mezcla de arena y cemento. Andamos unos veintiocho o treinta pasos. Llegamos a otra puerta, también enrejada. Un policía la abre y entro; siento sonar el cierre a mis espaldas. Hay un saloncito de espera vacío, pero oigo una voz que dice:

-¡Adelante!

Entro por la puerta de donde surge la voz. Allí está el dentista.

En el centro de la habitación está el moderno sillón, sobre el cual pende una lámpara con dos cristales que parecen ojos. A la izquierda, el brazo articulado. A un costado, pegado a la pared, un mueble auxiliar con compartimentos o gavetas de menor a mayor; en la parte superior hay varios frascos y brillan una o dos cajitas metálicas tapadas. Al lado, otra mesita con cristales. Más allá, un buró donde el dentista anota mis generales y la dolencia que me aqueja. Todo se ve sobrio, pulcro, seguramente logrado a golpes y a costa de la vida de muchos. Desde una de las paredes sonrío una muchacha en la playa dibujada en un almanaque.

El dentista es de mediana estatura, complexión fuerte, piel cobriza, rostro duro, con facciones finas, pelo aindiado; vestido todo de blanco, chaqueta y pantalón de saco de harina, bien confeccionados, planchados; tiene aspecto fino y elegante; es un preso también. Ahora se pone la bata blanca, se la anuda a la cintura con un cinto de la misma tela.

Me indica sentarme en el sillón dental. Le explico dónde me duele, es un cordal, tengo esa parte inflamada. Se aleja hasta una esquina para lavarse las manos.

Levanta la tapa metálica, coge el espejo bucal y un gancho, me indica abrir la boca, examina la pieza y al simple contacto con el gancho me quejo del dolor.

-Es una caries -me dice.

-Empástela.

-Aquí no se hace eso.

-Entonces sáquela.

Se aleja hasta el mueble gavetero, prepara una jeringuilla con la anestesia. Me unta algo en la

encía, lo siento frío. Después me inyecta. Salgo al saloncito a esperar que haga efecto la anestesia. Al rato, aún no me siento esa parte dormida, pero se me ha aliviado bastante el dolor. Entro de nuevo al gabinete.

-La anestesia no me ha hecho efecto. Póngame más.

-No puedo, es una sola dosis la que toca por extracción.

Al rato me pregunta si ya siento la encía adormecida, y le digo que más o menos.

-Bien, vamos -me dice y señala hacia el sillón dental, donde trato de acomodarme lo mejor posible.

Abro de nuevo la boca. Empieza a trastearme, siento como separa la encía del cordal. Toma una pinza, con ella aprisiona la pieza, forcejea tratando de moverla. Me agarro con fuerza a los portabrazos del sillón dental, hago presión con los pies en el descanso donde los apoyo, el sudor me rueda por la cara. Nada, nada, no sale. El dentista suelta la pinza.

-Hay que coger el botador -dice.

Ahora con este empieza otra lucha, hace palanca, parece que va a desprenderme la mandíbula, creo que estoy a punto de desmayarme. Por fin siento como si algo se desgarrara, ya, con cierto aire de victoria en el rostro, extrae el cordal, me lo muestra y dice:

-Estaba bien agarrado, tienes buena dentadura.

Me siento como atolondrado. Me pone un algodón donde estaba la pieza y dice que lo muerda. Al final me da las siguientes indicaciones: no fumar, no hacer ejercicios físicos por cuarenta y ocho horas, no bajar bruscamente la cabeza y dormir

semisentado el primer día, dieta líquida o blanda por cuarenta y ocho horas, no enjuagarme bruscamente la boca.

Bajo del sillón, voy hacia el saloncito de espera, donde me siento para reponerme algo. Llega el custodio y abre la reja de hierro. Salgo, el aire fresco me reanima y regreso a la galera. No tomo alimentos en todo el día. Me pongo hielo envuelto en una toalla en esa parte de la cara, pues se me ha inflamado.

Pasado un tiempo, vuelvo y me entero de que este dentista ejerce la profesión por intrusismo, ya que aprendió en el penal para tener un trabajo más cómodo y fino. Después de esto, siento que aquí me voy quedando poco a poco.

En presidio hay que tener la atención siempre ocupada, el tiempo siempre empleado en algo. Ahora, además de los estudios y de los quehaceres que nos hemos asignado, hemos aprendido a hacer trabajos manuales con la cáscara de los cocos, cajas de fósforos y de tabacos. Hacemos portacajas de fósforos con pedazos de madera, copas labradas con la cáscara de coco, tarjetas de regalo y otras cosas. Estamos sorprendidos de la habilidad que hemos adquirido. Esto ha sido como un contagio. Trabajamos solo con papel de lija, cola, madera y cartón. Como esto se ha puesto de moda, cada cual quiere hacer algo para regalárselo a familiares y amigos.

Cuando se estudia de mayor, lo mismo en la escuela que aquí en presidio, al hombre se le sale el niño que lleva dentro y que no pudo tener su verdadera niñez, o si la tuvo fue por muy poco tiempo. Entonces se deja ver con fuerza: se juega

en las clases, se hacen maldades. Así nos portamos a veces.

Hace unos días que los del penal están más tranquilos con nosotros. Poco a poco nos han ido permitiendo las salidas al patio, nos han entregado algunos juegos, pero ni radio ni cartas ni visitas. ¿Hasta cuándo durará el castigo que nos tienen impuesto? ¿Por cuánto tiempo más piensan continuar ensañándose con nosotros?

Hoy amaneció lloviendo con un constante chinchín. Salimos al pasillo a caminar hasta que empiecen las clases. Hacemos grupos y hablamos todos a la vez; como hay tanto eco, la resonancia de la voz de uno mismo produce un efecto psicológico, y es tanto el ruido que parece como si estuviéramos fajados. El custodio silba. Ordena silencio y toca con el palo en el piso.

Empieza la clase. Las mañanas así no animan, se siente uno flojo, desplomada la voluntad, casi no se atiende a clase. Al rato el recreo. Nos movemos nuevamente al pasillo, sigue igual el chinchín. Ya en la tarde escampa. El sol tiene intenciones de salir.

Nos invitamos a jugar. Ponemos la net de una reja a otra de las puertas del patio. Ahora algunos voluntarios secan el piso con sacos, los mismos con los que se limpia también el piso de la galera. Como el patio tiene drenaje, el agua escurre y con el esfuerzo nuestro seca bastante pronto. Pelota en mano, empieza el partido. Ya nos animamos, ha desaparecido la modorra, cae la tarde, detrás la noche, entonces la lectura individual hasta el toque de silencio, que da fin a este día, otro más.

Pasa el tiempo. Primero se habían llevado a Fidel, después a Raúl. Como jefe del consejo de dirección integrado por cinco compañeros, y de todo el colectivo, queda Miret,<sup>37</sup> un compañero respetado y acatado, afable, atento, delicado, con modales exquisitos, presto a la pregunta y siempre dispuesto para la respuesta. Sabe tanto como el columnista de "Créalo o no lo crea", una conocida sección de un semanario de mucha circulación, y siempre nos dice:

-Ustedes si quieren lo creen o no.

Tomando información de un método de dactilología recibido de manos amigas, en el cual vienen las indicaciones de la disposición de los dedos de las manos para formar las letras del alfabeto, Miret establece comunicación con Raúl, que se encuentra con Fidel, a través de las ventanas de nuestra galera, siempre que el custodio no lo vea. Así la conversación entre ellos resulta fácil.

Antes, cuando utilizábamos el medio aéreo de la pelota con los mensajes enviada por encima de la azotea para el patio donde estaba Fidel, era Miret el único que la lanzaba. Por la precisión en el lanzamiento todas cumplían su objetivo, y si ocasionalmente alguna caía en la azotea, los presos comunes, cuando la limpiaban, la recogían y nos la entregaban.

Otra vía que utilizamos para comunicarnos con Fidel antes de que le dieran patio, fue enviarle mensajes en platos o latas de dulce que los propios custodios menos malos le llevaban, explicándoles nosotros que era para endulzarle por lo menos un poquito la vida, ya que se encontraba allí solo, sin que se imaginaran ellos que con el dulce trasladaban el mensaje.

Miret también se ha vuelto tabaquero. Tiene su tabla para descapar el tabaco, una cuchilla como



chaveta y goma para pegar la perilla, que le queda bien. Después de introducir el mensaje debajo de la capa, nadie podría decir que el tabaco había sido abierto y rehecho.

Un sábado, a las diez, salimos al patio a jugar voleibol. Es un partido reñido en extremo. Estos juegos son como escapes para liberar energía. Se suda y se elimina un cúmulo de sentimientos y de toxinas, o de toxinas y sentimientos de los meses pasados en tan reducido espacio, a punto de sufrir claustrofobia. No es fácil para el hombre vivir enjaulado, pues ha venido al mundo para el disfrute de la libertad, y vivir privado de ella resulta un verdadero tormento, al que no es fácil adaptarse. Hay que hacer acopio de paciencia y repetirse cada día: "Calma, mucha calma...". Porque, además, todos los días no son iguales. Los hay tormentosos, agitados, llenos de ansiedad y desespero. Otros son de calma, sosegados, reposados, de resignación. Resignación de llevar estas cadenas, de este enrejamiento que nosotros mismos nos hemos impuesto por tomar el camino que conduce a la justicia, a suprimir todo lo que no signifique la igualdad entre los hombres.

Como siempre en la noche, un brindis con chocolate. Ya se hizo costumbre el chocolate después de cada partido, pero ¡bien hecho! Bien hecho quiere decir espeso, no aguado como otras veces que solo tiene el color y el olor a chocolate. El que mejor lo hace: Cartaya, el creador de la marcha. Todos deseamos que lo haga él por lo bien que le queda, dada la cantidad de leche y chocolate que le echa, conquistados al responsable de la cooperativa con melosos ruegos. Cada persona tiene su

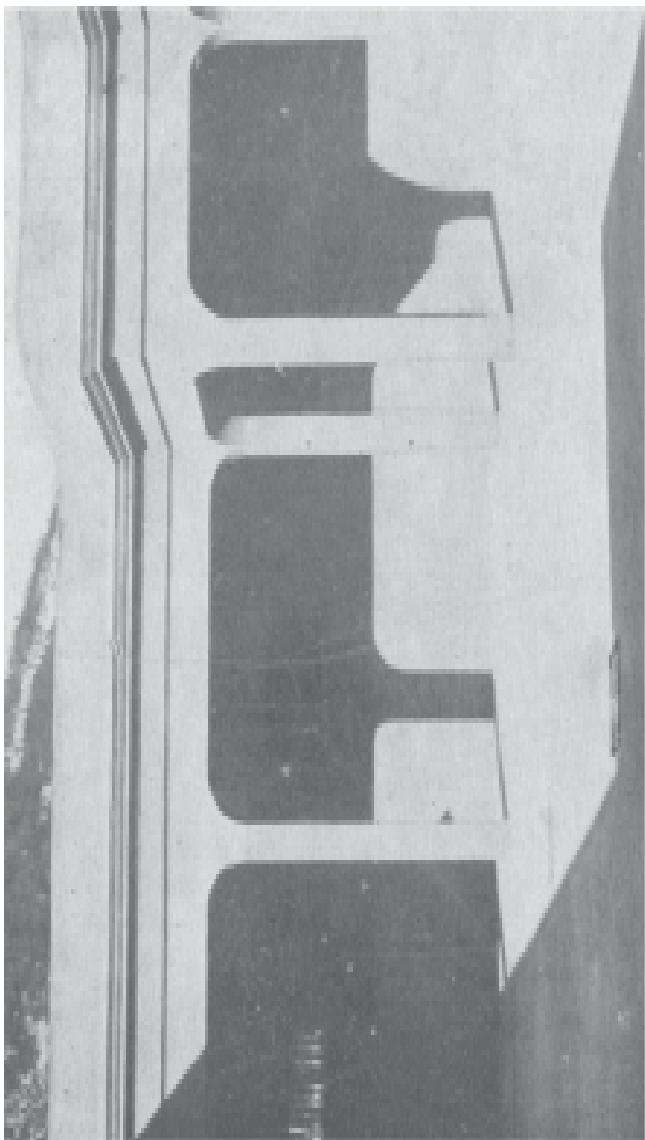
gracia y él tiene la suya. Este compañero, buen atleta, hizo bien una marcha y hace bien el chocolate.

La marcha le costó palos, pues en las cartas que enviaba a sus amigos y conocidos se olvidaba de la censura y describía cómo la había creado. La dirección del penal se enteró, y llegado el momento le pasaron la cuenta, y bien pasada.

También jugamos con una pelota de trapo, bateando con la mano. A tres bases, en triángulo, dos columnas del portal y el *home* pintado con tiza en el suelo. En el receso de la tarde, después de las clases, se organiza el juego, en el que participan ocho hombres. Cuatro para cada *team*: tres en las bases y uno en el *field*. Es un juego peligroso. Se resbala en el piso al correr para evitar ser puesto *out*, o se tropieza con las columnas que hay que tocar, antes que el otro, en la primera o segunda base, con la pelota de trapo. Al batear, si no cogen la pelota, corres hasta segunda y, por último, al *home*. A tres *out* igual que en el béisbol.

Pero de esos juegos se sale más averiado que del propio béisbol, pues nos damos golpes en las rodillas o en los hombros. Es un juego agresivo, que no se juega mucho, porque reunir los ocho gladiadores cuesta mucho trabajo. Después que a Cámara hubo que operarlo de apendicitis como consecuencia de un golpe, el juego perdió su interés. Las pelotas quedaron para enviar mensajes de nuestra galera a la otra, donde se encontraba Fidel solo primero, y después Raúl con él.

Así que el voleibol ha quedado como el único juego para liberar energías. Una tarde en que el partido está empatado 14 a 14, un fuerte remate pone fin al encuentro, triunfan los oponentes y hay un accidente en nuestro equipo. Al tratar de



Vista del patio

devolver la bola, sacándola de abajo, resbalo y, al intentar apoyarme para no caer de espaldas, pongo las manos en el suelo. Pierdo el balance, todo el peso del cuerpo descansa sobre la mano derecha, y me fracturo la muñeca. No tenemos los equipos adecuados ni zapatos tenis ni trajes de deporte. Todos jugamos con la ropa y los zapatos de diario, solo nos quitamos la camisa. No puedo seguir jugando, y en la noche casi no logro dormir. Por la madrugada se inflama la lesión.

Temprano, le pido ir al médico al vigilante que siempre se mantiene de posta, noche y madrugada. Me llevan a la enfermería, y después tendré que ir a declarar al juzgado de Nueva Gerona para explicar allí cómo ha sido el accidente. Sin embargo, a los apaleados, a los testigos de asesinatos, no los llevan a declarar. Sobre esto hay largos testimonios, y tiene fama este penal por los golpes que se han dado en él y los crímenes cometidos.

De día, y a veces de noche, del edificio de enfrente salen gritos desgarradores. Ahí radica el salón de los enfermos mentales y de aquellos que tienen otras enfermedades, de los ancianos y de los castigados. Al jefe de los mandones en ese pabellón le dicen Cebolla. Tiene subordinados dos oficiales y un cabo. Ellos son los que aplican la tortura moral y física a los reclusos en ese pabellón. Estas autoridades son unos farsantes, guardan las apariencias por algo que no sienten, pero sobre los abusos que ellos cometen, un total silencio.

Cerca de Gerona está el cementerio de los muertos del penal, con su entrada cerrada como otra cárcel más.

No queremos amnistía  
al precio de la deshonra.

FIDEL CASTRO  
*Marzo de 1955*

Bien, iremos a Gerona. ¡Qué alegría! Así podré ver parte del pueblo, la gente. Ver y oír a los niños correr por las aceras, cambiar el panorama que se presenta a mi vista todos los días, será algo distinto.

Salimos. Vamos por la carreterita que tiene sembradas matas de coco a los lados. Las cunetas para el drenaje están enchapadas con losas rústicas de mármol. Llegamos a la intersección con otra carretera, doblamos a la izquierda, avanzamos. No reconozco el lugar, pues cuando nos trajeron no fue por este camino. A la izquierda, desde otro ángulo visual, la loma que en permanente vigilia sirve de escenario de fondo al lugar donde nos encontramos. A ambos lados de la vía hay presos trabajando la tierra. Se ven cultivos y más allá, por la derecha, una cantera de extracción de mármol.

Desde el ómnibus se nota la vida en movimiento. Voy un poco impresionado, porque, aunque me dijeron que vamos al juzgado de Gerona, no sé si finalmente será ese el destino de este viaje, pues cuando salimos de Santiago de Cuba íbamos para La Cabaña ¡y mira dónde estamos!

Pasamos cerca de un chalé a la orilla de la carretera. Tiene paredes de madera, techo de guano y zinc, con una entrada muy bonita al garaje. Está en

una elevación, y por eso allí el enchape de la cuneta sube por el pequeño talud y hace como una cerca. Veo unas lomas al frente, como si la carretera les fuera a pasar por debajo. Coronamos una altura y comenzamos a descender. A la derecha hay casas de igual fachada que la anterior, otras más humildes, incluidos bohíos, a la izquierda. A continuación, por ese mismo lado, un palmar. Después entramos de lleno a un puente sobre un río ancho, limpio, que parece profundo por el color oscuro de sus aguas. Ahora la calle se estrecha, ya estamos en el pueblo. Se ven otros chalés.

Las viviendas aquí son típicas del lugar, de las conocidas por bungalow y que solo había visto en fotografías y películas. Son de paredes de madera, techos de zinc inclinados en distintos sentidos, algunas de dos plantas. El ómnibus dobla a la derecha. Por aquí hay algunos chalés de mampostería con techo de tejas, pero aún no he visto ninguna casa con placa de hormigón, parece que este tipo de construcción no se usa aquí en Nueva Gerona, o al menos por esta zona donde estamos. Mientras el ómnibus azul avanza, medito.

La vida no se ha detenido, todo continúa. ¡Cuánta diferencia allá dentro, en la cárcel! Pienso cómo se está dentro y los pensamientos ya son del pasado, porque se han ido poniendo viejos con respecto al presente. Todo se vuelve un poco de recuerdos. Como lo que se lee en un libro de historia... historia. Y la realidad de la vida es otra, esta otra que veo desenvolverse mientras vamos al juzgado.

En el presidio donde nos encontramos es el pasado. Es como si todo quedara atrás y la rueda de la vida girara hacia adelante, gastando las cosas.

Afuera, todo nuevo; el aire, las flores, mujeres embarazadas, los niños de diferentes edades llevados por sus madres en brazos o de la mano, jovencitos, jovencitas, gente adulta, gente vieja. En el rostro, la gracia de cada uno. Empiezo a sentirme molesto sin saber por qué, luego triste. Tal parece como si ya nosotros no existiéramos, como si ya solo fuéramos un recuerdo.

Parece que llegamos, porque el ómnibus se detiene y me ordenan bajar. Estamos frente a una edificación de portal amplio, columnas y paredes de madera, techo de tejas. Debe de ser el juzgado. A este lugar ya han traído a muchos de nosotros a formular declaraciones y cargos por las denuncias de las torturas y crímenes que cometió la tiranía durante y después de los ataques a los cuarteles Moncada y "Carlos Manuel de Céspedes".

Con este estado anímico bajo del ómnibus y entro al local. Me conducen hacia una habitación donde hay muchos documentos, archivos, mesas de trabajo, una máquina de escribir. Aunque hay poco espacio libre, se nota cierto orden. Me toman declaración, digo cómo ocurrió el accidente de la muñeca de la mano derecha. Todo lo relato demostrándome, porque no quiero que sea muy rápido, pues si termino pronto, así será el regreso para la jaula de hormigón y acero.

Pido agua, al juez o al secretario. No sé qué es él, pues no pregunté; solo sé que es una persona atenta y coopera a la demora. Aquí estamos la mecanógrafa, él y yo. En la otra habitación, sin dejar de observarme, los guardias. Como tardamos, envían un recado que estimo sea para que nos

apresuremos. Dice algo el hombre que trae el recado y el funcionario contesta:

-Sí, sí, pronto terminamos.

Sonríe y sigue preguntándome acerca de la caída y el accidente. Levantan acta, y después de leerla la firmo. Me imagino que he estado aquí como una hora.

Salgo y enseguida se me unen los guardias, uno a cada lado, como me habían traído. Llegamos a la acera. Miro todo con avidez a un lado y otro, respiro fuerte el aire de la calle, llenando mis pulmones. Subimos al ómnibus y enseguida nos marchamos.

Ahora todo me parece familiar. Bajo el sol de las tres de la tarde, la carretera de piedra y polvo de mármol gris parece una larga cinta estrecha e irregular, caliente, tan caliente que reverbera bajo la luz solar y parece humear. Ya casi llegamos, doblamos a la derecha y al frente están las garitas de entrada al reclusorio.

Detrás, las grandes edificaciones del presidio. Más atrás, por encima del techo del edificio principal donde está la dirección del penal, sobresalen los techos de dos circulares, las lomas altas y la verde vegetación. A la derecha, más al fondo, el cuartel militar, con fachada de fortaleza, con aspilleras en sus muros, todo de color amarillo. Al regreso hemos hecho el mismo recorrido, pero las cosas se ven de delante hacia atrás, bajo un cielo azul plomizo. Al ver aquello, digo algo que me viene a la mente:

-Todos los presos piensan en escapar, como todos los custodios en evitar que lo logren.

No puedo ser yo la excepción, y que me disculpen los que logren evadir esta regla. Solo que los



revolucionarios pensamos en una fuga en masa, pues no se nos ocurriría escapar y dejar atrás a los otros. ¿Cómo podríamos fugarnos nosotros de aquí? Tendría que ser con ayuda de afuera, de los que no fueron capturados, de otros revolucionarios. Pero, ¿cómo saldríamos de esta isla? Porque aquí hay que llegar en barco o en avión y ¿de dónde sacarlos? Habría que tomar el cuartel, entrar al presidio, a nuestra galera, armarnos y en barco o en avión irnos para La Habana. Si fuese en barco, desembarcaríamos y tomaríamos La Cabaña; si regresáramos en avión, aterrizaríamos en Columbia, lo tomaríamos, armaríamos al pueblo y marcharíamos hacia el Palacio Presidencial. Y si no se rindieran, que es muy difícil, entonces tomarlo a cañonazos. Sería un crimen destruir esa obra de arte arquitectónica que es el palacio, pero por evitar un baño mayor de sangre, habría que hacerlo, para después reconstruirlo y ubicar en él un museo.

Ahora el sol me da en la cara. Miro a los guardias que van a mi lado y me digo: "Sueños bélicos. Para salir de aquí será viejo con vida o muerto joven, velado en el pabellón contiguo al de nosotros, donde todos los días hay uno tendido".

Ya llegamos al Pabellón No. 1. Abren la puerta, que chirría, la cierran. Miro para donde están Fidel y Raúl, ya por lo menos se acompañan uno al otro. Abren la otra puerta, chirría también, la cierran detrás de nosotros. Ahora la tercera, y cuando la paso, ya sin los custodios, estoy en nuestro patio familiar. Miro hacia el lugar donde resbalé y caí. Miro la mesa que está en el pasillo; a cada lado, sentados en los bancos, mis compañeros. Oigo hablar de Arango y Parreño, algo sobre el padre Las

Casas. Están estudiando historia de Cuba. Saludo y entro en la galera. Todos me miran, pero no dejan la clase. Son las cuatro de la tarde. El día se ha ido con rapidez, y pronto vendrán la noche y el silencio.

Leo en un libro de geografía que encontré en nuestra biblioteca algunos datos interesantes de esta pequeña isla, donde se halla el presidio en el que hemos sido confinados. Dice que tiene más de diez mil habitantes -no sé si esta cifra incluye los presos-, que su superficie es de unos dos mil doscientos kilómetros cuadrados, y la distancia que hay entre La Habana y Nueva Gerona y de esta a La Fe. Explica su ubicación entre los paralelos y los meridianos y que el meridiano 83 la atraviesa de norte a sur, pasando por la ensenada de Sigüanea. En sus partes más anchas, de norte a sur, tiene cincuenta y cuatro kilómetros, y de este a oeste, cincuenta y ocho kilómetros. Hay un gráfico con las medidas de sus principales alturas: sierra de la Cañada, Las Casas y Caballos; hay otro con la longitud de sus principales ríos: Las Nuevas, Del Medio y Las Casas, que desembocan en la costa norte los tres.

En el viaje al juzgado pasamos por el puente sobre el río Las Casas y también vimos las alturas de la sierra Caballos, cuya presencia nos acompaña siempre en la galera y que se hace más visible cuando salimos de nuestro encierro en los días de visita.

En la parte histórica, el libro señala que Colón encontró esta isla en su segundo viaje a América, y que le puso como nombre La Evangelista. Siglos después fue refugio de piratas y corsarios de distintas nacionalidades, y de ahí su otro nombre de Isla del Tesoro.

Hubo distintas potencias coloniales que la codiciaban, y los ingleses amenazaron con ocuparla si



Grupo de moncadistas en el patio del pabellón que ocupaban en el Presidio Modelo. De izquierda a derecha: de pie: Ernesto Tizol Aguilera, Oscar Alcalde Valls, Francisco González Hernández, Armando Mestre Martínez, Eduardo, Montano Benítez, Pedro Miret Prieto, Andrés García Díaz, Abelardo Crespo Arias, Raúl Castro Ruz, Ciro Redondo García y Fidel Labrador García; sentados: Enrique Cámara Pérez, René Bedia Morales, Agustín Díaz Cartaya, Juan Almeida Bosque, Rosendo Menéndez García, Orlando Cortés Gallardo, otro, Israel Tápanes Vento y Gabriel Gil Alfonso; agachados: José Ponce Díaz, Jesús Montané Oropesa, Ramiro Valdés Menéndez, Reinaldo Benítez Nápoles, José Suárez Blanco, Eduardo Rodríguez Alemán y Julio Díaz González.

España la fortalecía militarmente. Por ello, España fundó aquí una colonia con su villa, Nueva Gerona. Este es el origen del nombre del pueblo. Comenzó a utilizarla como punto de destierro para los que deportaba. Aunque no como deportado, Martí estuvo aquí en 1870, y después lo enviaron a España.

Los norteamericanos no cesaron en su empeño de quedarse con este pedazo de nuestro territorio nacional, y cuando nos impusieron la reaccionaria y conocida Enmienda Platt, establecieron que esta isla quedaba omitida de los límites de Cuba para un futuro tratado que definiría su propietario. ¡Qué desvergonzados son estos yanquis! A continuación desarrollaron toda una campaña en su país: promovieron la emigración de ciudadanos norteamericanos hacia esta isla para convertirla en una de sus colonias. Esta campaña originó tantas protestas y reclamos de los patriotas cubanos, que obligó a la firma del Tratado Hay-Quesada, que reconocía la soberanía de Cuba sobre la isla. En varias ocasiones, los yanquis se negaron a ratificar dicho tratado, pero la protesta popular los obligó a hacerlo veintiún años después de su firma. Fue una larga lucha del pueblo, que exigía sus derechos para impedir los deseos imperialistas de anexarse esta porción de nuestra tierra, en la cual se destacó Julio Antonio Mella, en aquella época presidente de la Federación Estudiantil Universitaria.

Primero los españoles, después los norteamericanos, colonialistas al fin, quisieron apoderarse de esta isla, pero siempre la voluntad, la ideología nacionalista e independentista y el espíritu de lucha del pueblo cubano, unas veces por demandas populares y otras con luchas armadas francas

y abiertas, han sabido mantener lo que les pertenece, defenderlo y morir por ello.

Más tarde se construyó este presidio, copiado del modelo de las prisiones norteamericanas, como copiaron también el Capitolio, el Palacio Presidencial y hasta famosas residencias en los barrios aristocráticos de La Habana. La isla fue destinada a soportar el peso de este presidio, y ella en sí se convirtió en una gran prisión rodeada de agua, con escenarios cercanos como la Fuente Luminosa, La Yana y El Cocodrilo, donde cientos de hombres dejaron sus vidas arrancadas por los sicarios de esta y anteriores tiranías. Así aparecieron estas construcciones de hormigón y hierro, para romper la belleza y armonía del paisaje. Las obras se iniciaron oficialmente en 1926. El año antes y después de la colocación de la primera piedra por el tirano de turno, llegaron reclusos para darse a su construcción. La primera circular fue inaugurada en 1928, y la obra completa la dieron por terminada en 1931.

Inicialmente, aquí fueron enviados los sancionados con mayores condenas por delitos comunes. Después también mandaron a los revolucionarios como Pablo de la Torriente Brau, un poco siguiendo la tradición de los españoles cuando desterraron aquí a otros patriotas.

En las cárceles, y en esta en particular, que también es un destierro, ¡cuánto crimen y horror han quedado atrapados y guardan en silencio sus paredes, rejas, calles, canteras, montes, sus salobres aguas, pantanos, tierras y ríos! Fantasmagóricas visiones surgen como sombras siniestras de estas edificaciones circulares, parecidas a calderos hu-

meantes que reverberan de luces en las noches a través de los cientos de ventanas enrejadas. Aquí desaparece la vida, muchas veces para siempre. A su historia de horror y espanto ante las torturas y los asesinatos, no podrá sustraerse la imaginación después de oír y ver esto, semejante a cualquier página de Dante.

Recuerdo que en la visita al juzgado oí hablar de la zona franca establecida aquí por el tirano. Es una forma más de dejar abiertas las puertas a los traficantes yanquis y al libre contrabando, además de la secuela de vicios y prostitución que genera.

Preguntando, me he enterado que más o menos dos mil ochocientos hombres es la población penal. No sé si en esa cifra estaremos incluidos nosotros.

Así, desde este libro, leyendo estos datos de la isla como tal, la veo geográficamente por dentro. Pero le faltan el hambre, la miseria, el desempleo, los limosneros, los enfermos, los impedidos y todo lo demás que no aparece en estos datos, igual que los de la población penal.

A medida que pasan los meses, comienza a desarrollarse un movimiento popular pro amnistía para los presos políticos. En los primeros momentos nos excluyen y no nos hacemos ilusiones, sin dejar por eso de estar al tanto de lo que ocurre. Transcurrido cierto tiempo, se incluye a unos presos políticos y a otros no, hasta que una mañana escuchamos por la radio, en una de las emisiones matutinas, que los jóvenes del Moncada han sido incluidos en la lista de los amnistiados. Pero como no mencionan a Fidel, nos reunimos sin esperanzarnos mucho, y acordamos que de no producirse la salida de todos, no

aceptaremos la amnistía. Esta tiene que ser para todos o para ninguno.

Estos acontecimientos, aunque uno no quiera ponerles atención, con el diario repetir de noticias en la mañana, la tarde y la noche, nos conducen a sentirnos envueltos sin darnos cuenta. Nos vamos supeditando a lo que va ocurriendo, nos mantenemos atentos a las noticias, a las diferentes versiones de los cronistas de la radio y de los diarios, que expresan su opinión o la que emiten las fuentes oficiales. El caso es que también nosotros ya nos estamos preparando mentalmente para la salida. Pero cada día que pasa nos va llenando de incertidumbre, pues nos preguntamos: "¿Estaremos incluidos todos?". Por fin, un día aparecen los nombres en una lista y en las emisiones de radio, donde ya se habla de la liberación. A principios del mes de mayo, el oficial de espejuelos oscuros viene un día con la noticia de la salida.

Esa noche no duermo, y los otros tampoco. Preparo la maleta. Ya amaneciendo me quedo semidormido, con el libro que leía sobre el pecho: *Prestes, el caballero de la esperanza*. Por la mañana casi nadie desayuna. Aunque todo parece como si no fuese real, lo cierto es que gracias a la presión popular pro amnistía se abrirán las rejas de la cárcel de hormigón y acero, y dentro de unas horas estaremos en libertad.

Meditando, me hago el juramento de que es mejor morir que volver a prisión. A partir de hoy ya no podría morir en cautiverio. Como algunas aves, preferiría morir antes que volver a sufrir la prisión y la humillación del preso, por mucha dignidad con

que estas se lleven. Una vez bastaba para la experiencia, y esta era ya suficiente.

Miro con odio todo aquello, tomo la maleta y salgo al patio. Me siento en uno de los bancos de granito que queda a un lado de la puerta de la galera. Parece que las horas no transcurren. Nunca como ahora sentí lo que es esperar, y esta espera es una de las peores de todas, porque aquí aguardamos la libertad para regresar a la vida; para ser otra vez uno mismo, no un fantasma; para volver a ser capaz de materializar lo soñado y lo aprendido, incorporarnos de nuevo a la lucha, a continuar lo empezado, a cumplir el compromiso hecho con los mártires de la patria y con nosotros mismos de "libertad o muerte".

Llega el oficial de los espejuelos oscuros:

-¡Vamos! ¿Ya están listos?

Los que faltaban salen al patio. Ahora todos vamos detrás de él. Alto, flaco, de hombros anchos, encorvado, brazos largos, de completo uniforme azul de policía, cinturón ancho de reglamento con cartuchera y revólver, del cual se ve el cabo, fusta doblada en el bolsillo trasero y botines negros. Este es el empleado del penal, el representante del tirano, Satanás visto de espaldas. ¡Con cuánta repulsión lo miro! Pero ¿cómo puedo compararlo con Satanás? Satanás es mitológico y este es real. Este no tiene infierno, pero tiene cementerio. No tiene tridente, pero tiene matones armados, aunque también golpea y asesina con sus propias manos.

Ya estamos en la calle. Vamos hasta la dirección del penal, no recuerdo si a pie o en ómnibus. Aquí hacen los trámites pertinentes y firmamos el acta



de salida. Nos encontramos con Fidel y Raúl, salimos, bajamos los escalones del edificio de la dirección: uno, dos, tres, cuatro... Al bajar el vigésimo, ya en la calle, siento mareo: la brisa, al darme en el rostro mientras respiro fuerte, me ha mareado.

Levanto una mano, saludando, como antes hizo Fidel, en la otra llevo la maleta. Tomo aire varias veces y me repongo. Es el aire de la libertad tan fuerte que se lucha para lograrlo o por él se muere. Bajito me digo:

-¡Atención! ¡Recuento! ¡Viva Cuba!



Salida del presidio por la amnistía.